

Nº 2 - AGOSTO 2020

ULRICA

LIBROS Y LITERATURA

LEYE ADENLE

En exclusiva con el
escritor nigeriano:
género policial y
culturas

CULTURA DE LA CANCELACIÓN

El debate que divide las
aguas entre escritores,
editores e intelectuales

NARRATIVA

por Ricardo Romero

PERFILES
**ALEJANDRA
PIZARNIK**

También: Poesía de Denise Griffith - Novedades editoriales - Clásicos y más...

SUSCRIBITE
GRATIS
HACIENDO
CLICK
AQUÍ





Libros y literatura

A MODO DE EDITORIAL

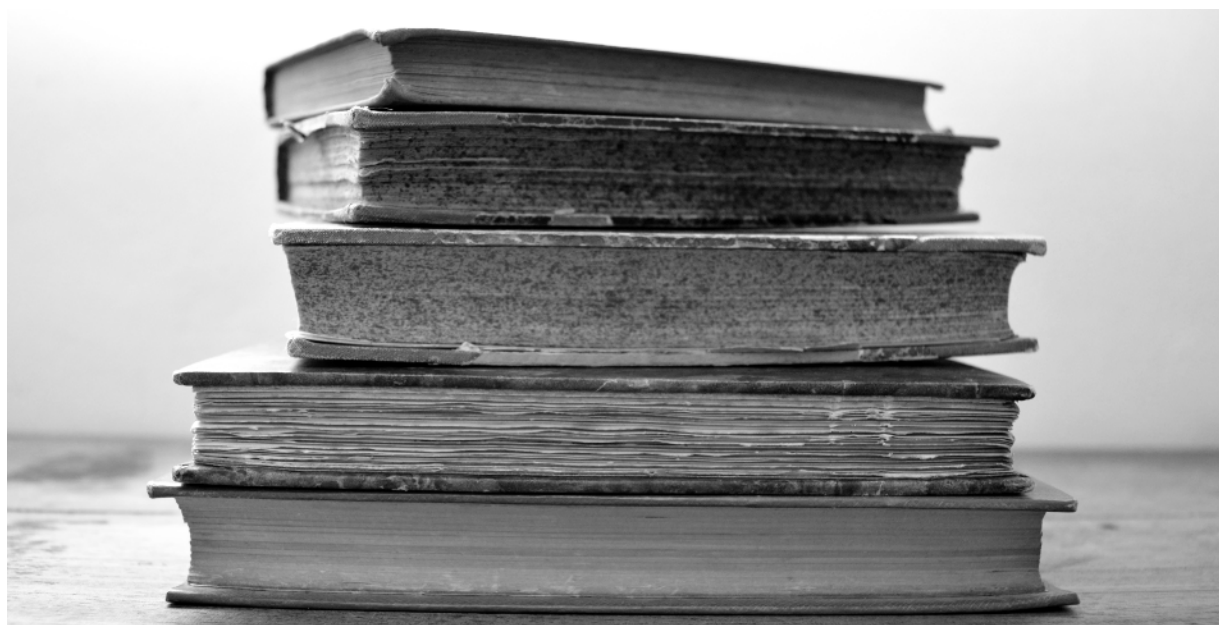
Sumar voces

Si algo caracteriza a esta post posmodernidad es la pluralidad de voces y opiniones que se expresan en los medios de comunicación no tradicionales. No importa el tema. Si uno quiere opinar puede hacerlo. Aunque a veces las opiniones puedan presentarse infundadas o solo ser una escueta muestra de adhesión o rechazo, es muy celebrado que todos puedan hacerlo.

Pero es casi irónico que en pos de la mentada tolerancia, se expresen manifestaciones agresivas contra el que opina fuera de cierta norma o corrección política. Una suerte de intolerancia de los tolerantes.

Tal vez el principal problema responda al concepto que encierra la palabra tolerancia. Esta, apenas implica aguantar al otro. <<*No me gusta lo que piensa, pero lo tengo que aguantar*>>. La tolerancia hoy se ve como una victoria, cuando en realidad debería ser lo mínimo indispensable para la convivencia social. Diferente es el concepto de respeto. Respetar al otro implica aceptarlo con sus diferencias, con sus errores y aciertos. La actitud respetuosa, incluso con el que no lo es, puede acercarnos a otros. Mentes y corazones abiertos que nos lleven a construir desde los puntos en común, pero sin claudicar en otros.

Esta es la humilde propuesta de **Ulrica**, desde el ámbito que le corresponde. Sumar voces diferentes que nos acerquen a otros autores, a otros libros, a otros lectores. Convencidos de que en las diferencias se encuentra la complementaridad y que el intercambio de ideas es enriquecedor, en cada número encontrarás artículos, opiniones y lecturas que busquen aproximarnos al ideal de la biblioteca borgeana. Una biblioteca de Babel donde todo se pueda encontrar. **Donde todos nos podamos encontrar.**



CONTENIDO

Pág. 4: Novedad editorial

Nuestra librería de cabecera te trae su selección de una editorial independiente y otros recomendados.

Pág. 6: Librero por un día

Patricio Rago, nuestro invitado especial de este mes, con una recomendación muy personal.

Pág. 8: Clásico

Este mes te proponemos sumergirte en el mundo teatral de Federico García Lorca, con una de sus piezas más memorables.

Pág. 10: Leye Adenle

En exclusiva con el autor nigeriano, en una entrevista sobre cultura y géneros literarios.

Pág. 16: Nota de tapa

Cultura de la cancelación: el debate que divide las aguas y plantea nuevos desafíos al mundo literario.

Pág. 24: Alejandra Pizarnik

El perfil de la gran poeta argentina, en la mirada personal de Antonio Requeni.

Pág. 26: Poesía

Descubrí, a través de su obra, a la poeta Denise Griffith.

Pág. 28: 40 textos

Introspección y experimentación en una obra imperdible y original de Ricardo Romero.

Pág. 45: Artista visual del mes

La obra que ilustró nuestra portada, en todo su esplendor.



<<Orlando era un hidalgo que padecía
del amor a la literatura.>>

Orlando — Virginia Woolf

Staff

Dirección:

Juan Francisco Baroffio

@queremoslibros

Edición:

Gisela Paggi

@bibliogigix

Colaboradora principal:

Delfina Migueltoarena

@cronicasdesal

Colaboraron en este número

Leye Adenle

Denise Griffith

Patricio Rago

Ricardo Romero

Antonio Requeni

Belén Sánchez Campos

Silvina Serrano

Publicidad

Todos los espacios publicitarios que vas a ver en esta edición, fueron cedidos gratuitamente por los que hacemos esta revista. Es nuestro granito de arena, en este momento de crisis económica (local y mundial), para con los que ayudan a mantener viva la cultura del libro. Haciendo click en ellos podrás ver más de su trabajo y ponerte en contacto.



SEGUINOS



**Conocé nuestra página
haciendo click**

SOMOS LUCES ABISMALES

Por Delfina Migueltoarena
@cronicasdesal

Hace algunos años me recomendaron en Wilborada, una librería estilo inglés, ubicada en el corazón de Bogotá, a **Carolina Sanín**. En ese momento me llevé, por consejo de su dueña, dos libros: *Los niños*, una novela breve editada por Laguna, una editorial independiente que además de tener un catálogo surtido de narrativa latinoamericana, tienen las portadas más lindas que encontré en todo mi viaje a Colombia; y *El ojo de la casa*, editado por otra editorial autogestiva del país que tiene una selección de ensayos que siempre lamento no conseguir en las librerías de Argentina.

Mientras deambulaba por los tres pisos de la librería, Yolanda, la librera, me preguntó si me molestaba que mis libros estén escritos. Le mostré, a modo de respuesta, el ejemplar de *Ciencias morales* que llevaba en la mochila, repleto de hojas dobladas, post-it, anotaciones y subrayados. No terminé de guardar el libro que ella empezó escribir una dedicatoria que años después se convertiría en uno de los mejores recuerdos de ese viaje.

Cuando nos despedimos, me rogó no leerla hasta volver a Buenos Aires. No cumplí pero estuve cerca. En una de las escalas que me traían de regreso, abrí *El ojo en la casa* y leí «*Elegí a Carolina entre todas las escritoras del país porque quiero que conozcas a una Colombia más despierta que la que muestran los medios*» entre otros elogios que suscitan cuando dos colegas se encuentran por primera vez. Ahí encontré la palabra que definiría para mí la intención de todas las obras de Carolina Sanín: despertar(nos).

Hace unos días Catalina Reggiani, amiga, editora, poeta y gestora de varios proyectos vinculados con el libro, me recomendó que leyera ***Somos luces abismales*** y me envió un fragmento leído por ella que me arrastró a las puertas digitales de Banana libros para comprarlo.

En este libro, igual que en toda su obra, nada se da por sentado, todo lo que se presenta como una verdad, se disuelve o se vuelve pregunta.

En *El sosiego*, el primero de los ocho ensayos breves que reúne este libro editado por Blatt y Rios, la autora narra un juego íntimo que mantiene con *Ánima*, su

perra salchicha.

Cada vez que llega la hora de dormir y no la encuentra, recorre toda su casa, diciendo: «¡*Ánima!* ¿*Dónde está Ánima?* ¡*Se me escapó!* ¿*Se habrá ido a París?* ¡*Ay, qué preocupación, Ánima sola en París!* ¿*Qué habrá ido hacer a París?*» en un tono cómico, casi teatral.

A partir de este recorte de su cotidianidad aborda la relación entre el espacio- tiempo y cuestiona cuál es nuestro lugar entre estos dos conceptos de aspecto infinito y abrumador. O en sus palabras:

«(...) *Trato de mostrar que el pensamiento es un camino —o abre un camino— y también que puede no tener la forma de un camino, sino por el contrario, la forma de un enredo, de un comulo*»

Lejos de querer desenredar este nudo, a Sanín le interesa seguir sumando hilos, explorar su anatomía pero sin ánimos de revelar verdades absolutas, ni desentrañar todas las aristas del verbo verbo <<estar>>, su verdadera ambición pareciera ser contemplar la totalidad del nudo, un nudo que se se ensancha a medida que se toma distancia de él.

En *Somos luces abismales*, la autora logra conectar un pensamiento con otro, de forma orgánica, entrelazando su vida diaria. A Carolina Sanín le suelen elogiar la forma en la que logra irse por las ramas sin perder un solo lector en el merodeo y eso se debe, en mi opinión, a que la autora recorre la totalidad del árbol, sin salir nunca de él porque como dice ella: toda deriva es un camino, y todo camino es un lugar y conecta lugares. ■



A quienes quieran seguir un hilo de lectura similar, les recomiendo:
■ ***Papeles falsos* de Valeria Luiselli y**
***Una guía sobre el arte de perderse* de Rebecca Solnit.**

crackup



editorial.crackup

crackup



crackup

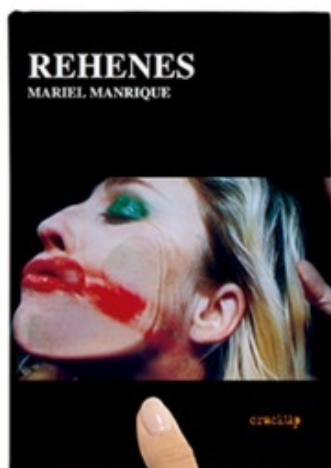


EDITORIAL.CRACKUP



EDITORIAL.CRACKUP

Click para seguir



“Me entreno en el oficio de salir,
de salirme de mí,
hasta que ya no sea oficio
sino un modo de estar
en el mundo.”

Rehenes el nuevo libro
de Mariel Manrique
Un poemario anclado en la noción
de “secuestro” de la existencia.

El invitado especial de este mes, es librero todos los días del año: así que es pan comido para él y lo hace de una forma muy personal.

UNA SOLEDAD DEMASIADO RUIDOSA

Bueno. Voy a hablar de ***Una soledad demasiado ruidosa*** de Bohumil Hrabal. Voy a empezar diciendo que conozco a dos tipos de personas: las que lo leyeron y lo amaron, y las que todavía no lo leyeron.

Por mi parte puedo decir que es uno de mis libros favoritos de la vida. Cada tres o cuatro años lo releo. No falla nunca. Mejora con el paso del tiempo, como los vinos o la voz de Gardel. Durante mucho tiempo no lo conocía nadie acá en Argentina, pero ahora hace tiempo ya que se empezó a correr la voz. Me gusta creer que soy uno de los responsables de eso. Ahora lo edita Galaxia Gutenberg, creo que se consigue nuevo.

Es difícil hablar de un libro sin *spoilearlo*, pero voy a tratar. Nunca leo las contratapas, me parece que muchas veces revelan mucho más de lo necesario.

Yo lo descubrí hace tiempo, creo que era el 2003 o el 2004. Me lo recomendó Hugo, mi maestro librero. Me dijo:

-Pato, leelo, después me contás. No te digo nada más.

Así que ese mismo día me compré la edición chiquita de Destino. Me acuerdo que lo pagué \$12, una ganga.

Lo leí en unas horas -es un libro breve-, y cuando lo terminé, lo empecé otra vez y me lo leí de nuevo. Así de corrido, dos veces seguidas. Hice esto sólo con *Los adioses* de Onetti y con ningún otro libro más en toda mi vida.

Porque una de las tantas virtudes de *Una soledad demasiado ruidosa* es que empezás a leerlo y no lo podés soltar. Hay algo en la prosa que la vuelve hipnótica, adictiva; posta que no sabés nunca en qué momento cortar, ni para ir al baño. Cada capítulo es



Bohumil Hrabal

Una soledad demasiado ruidosa



una joya.

Es de esos libros que tienen todo: una historia atrapante, original; un personaje entrañable con el que te encariñás mal (un viejito hermoso que prensa cantidades industriales de papel, entre los que hay libros y reproducciones de cuadros, en un sótano de Praga); una prosa ágil, profunda y llena de belleza; escenas inolvidables como la de las gitanas; y la capacidad de fundir en una misma historia el mundo culto de los libros y el mundo marginal de los suburbios de Praga.

Es un libro maravilloso, redondo, luminoso. De esos que te transfiguran, te cambian el humor, te alegran el día. No sé que más se le puede pedir a un libro.

Ojalá lo busquen, lo lean, y lo disfruten. ■



PH. Victor Caivano

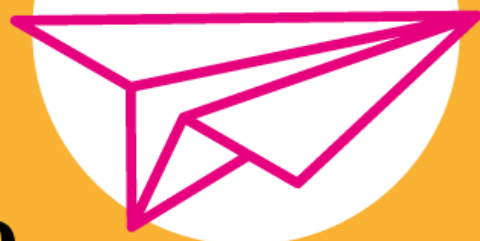
(Ciudad de Buenos Aires, Argentina). **Patricio Rago** es escritor y librero en **Aristipo Libros**, librería especializada en literatura, filosofía y ciencias sociales. Su último libro es *Ejemplares únicos* (Bajolaluna, 2019).
@AristipoLibros

HISTORIA

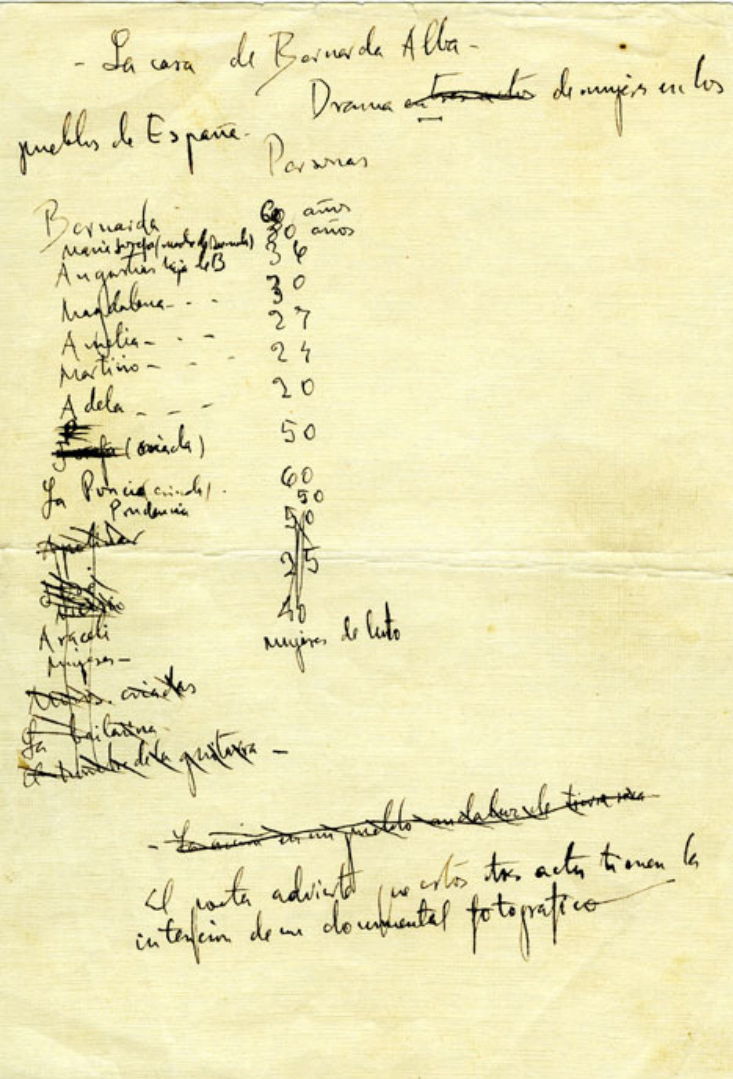
TODO ES

Regale y
regálese la
suscripción a
su revista favorita...

*al lector
sin escalas*



www.todoeshistoria.com.ar



clásico

LA POESÍA QUE EMERGE

Por Gisela Paggi
@bibliogigix

En el pueblo donde se crió el poeta, la familia de **Federico García Lorca** compartía un pozo de agua con otra de las familias más pudientes de Asquerosa (hoy Valderrubio) en Granada. Allí se paraba, aparentemente distraído, para escuchar las conversaciones en esa casa donde, se sabía a viva voz en todo el pueblo, una tiránica madre gobernaba sobre sus hijas solteras con una celosa rigurosidad. A menudo, él comentaba que recordaba ver pasar a esas jóvenes como sombras. El peso de los mandatos sociales a los que eran sometidas las mujeres en esos años, en esos lugares casi recónditos de España, se notaba sobre sus hombros. Federico no pudo más que querer contar su historia.

Haber escrito **La casa de Bernarda Alba** le costó caro a García Lorca. Llevaba tiempo pensando en la idea de dar vida a una obra enteramente realista, sin los atisbos poéticos de las anteriores. Y para eso creyó fascinante relatar la vida peculiar que llevaban en esa casa vecina a la suya. Dentro de esas paredes, un grupo de hermanas vivía bajo la celosa tiranía de su madre, Frasquita Alba, quien inspirara el personaje de Bernarda. Escribió esa obra durante muchos meses. Vociferaba, alegre, que era realismo puro. Para cuando se supo que había escrito una obra basada en la familia Alba, el odio de ellos se acrecentó hacia el poeta del que ya los dividía los rumores de su homosexualidad. Tanto así que fueron quienes alentaron su asesinato por aquellos días de agosto de 1936 cuando fue fusilado, a las puertas de la Guerra Civil Española.

Sabía que montar una obra íntegramente formada por mujeres sería un desafío. Él pretendía replicar el impacto que medio siglo antes había logrado Ibsen con *Casa de muñecas*. Sabía que habitaba en las mujeres un vigor pasional y emocional que procuró explotar. Y en *La casa de Bernarda Alba*, esas mujeres como sombras que él observaba adquieren una vida, aunque cercana a la muerte, que pone en boca de todos la malograda existencia de muchas mujeres en la ruralidad española. Sometidas a una madre tiránica y puritana, sus cinco hijas, dos criadas y hasta su propia madre, se ven prisioneras de un luto riguroso de 8 años por la

La casa de Bernarda Alba de Federico García Lorca

Escrita en 1936, no pudo darse a conocer en España debido a la censura. El estreno mundial fue en el Teatro Avenida de la Ciudad de Buenos Aires (Argentina), el 8 de marzo de 1945. Ese mismo año la publicó la editorial Losada de Argentina. Recién en 1950 pudo estrenarse en el país natal del autor, cuya vida había sido injustamente extinguida catorce años antes.

muerte del hombre de la casa. A pesar de la femeneidad de la obra, un espectro masculino ejerce un poder hermético y brutal. El protagonista es el silencio más que la palabra (cosa por demás de significativa si hablamos de teatro), y la poesía surge de las entrañas por más empeño que haya puesto García Lorca en que así no fuera. Y es que en su mente y su corazón, las artes confluían en un vals constante. Pensaba su escritura como si fuera un dibujo y sus dibujos como si fueran canciones y su teatro jamás soltó la poesía porque ya él mismo decía que <<el teatro es la poesía que se levanta del libro y se hace humana. Y, al hacerse, habla y grita, llora y se desespera. El teatro necesita que los personajes que aparezcan en la escena lleven un traje de poesía y al mismo tiempo que se les vean los huesos, la sangre. Han de ser tan humanos, tan horrorosamente trágicos y ligados a la vida y al día con una fuerza tal, que muestren sus traiciones, que se precien sus olores y que salga a los labios toda la valentía de sus palabras llenas de amor o de ascos>>.

Y cada una de esas mujeres carga con un sino trágico tan propiamente lorquiano que no podemos más que observar la madurez de su escritura y la cumbre que había alcanzado en esos meses anteriores a su tan injusta muerte, cuando escribió *La casa de Bernarda Alba*. La primera palabra que sale de la boca de Bernarda es <<Silencio>> y <<Silencio>> es la última palabra que da fin a la obra. Y todo simbolismo se vuelve mito porque ese es Federico García Lorca. Un hombre que trascendió su tiempo, mitificó su obra, alcanzó la fama y el reconocimiento del mundo y, finalmente, enfrentó su destino sin miedo aparente, volviendo a la casa de su familia donde, sabía, lo esperaba la muerte. Quiso dejar su huella en un teatro que hablara de los conflictos sociales y sexuales de su época. Quizás ello haya acelerado su asesinato. Como fuere, sabremos siempre que en la variedad de toda su obra habitará con la fuerza de un fuego perenne que no pudo menos que iluminar las letras de toda la humanidad. ■

<<Aquí se hace lo que yo mando. Ya no puedes ir con el cuento a tu padre. Hilo y aguja para las hembras. Látigo y mula para el varón. Eso tiene la gente que nace con posibles.>>

Acto I

El aljibe en la casa de García Lorca desde el que escuchaba a Frasquita Alba y sus hijas.

LEYE

ADENLE

Lo que se oculta donde brilla el sol

El escritor nigeriano multipremiado, es uno de los nombres actuales más relevantes en el ambiente de la ficción policial. Ha publicado trepidantes novelas *noir*, que en algunos casos coquetean exitosamente con otros géneros: *Easy Motion Tourist* (2016), *When Trouble Sleeps* (2018) y *The Beautiful Side of the Moon* (2019). Galardonado con el prestigioso Prix Marianne en 2016 por su novela debut, conversó en exclusiva con ULRICA sobre el género policial, la interculturalidad en un mundo tan diverso y su admiración por Borges.



ENTREVISTA
EXCLUSIVA

«Las sombras más oscuras se dan donde el sol es más brillante.»»

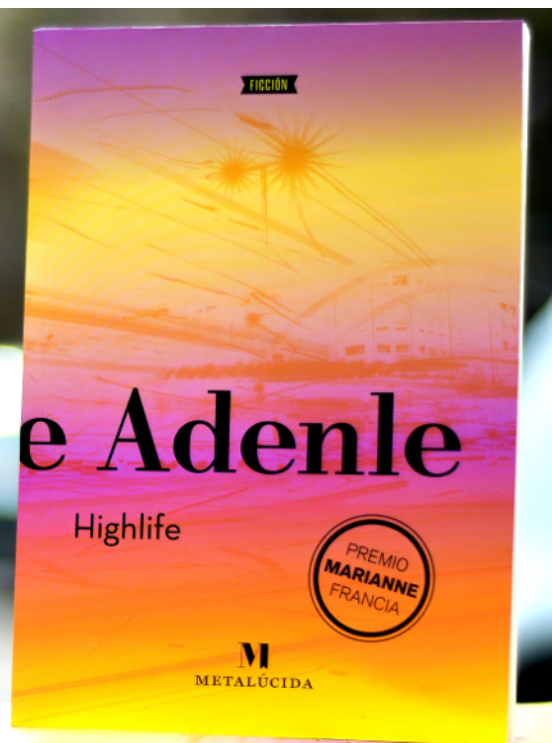
Nacido en Nigeria y radicado en Londres, **Leye Adenle** (1975) heredó de su abuelo la fascinación por la literatura y la escritura. Aunque también recibió como legado un patrimonio intangible pero cargado de simbolismo: sangre Real. Su Alteza, *oba Adeleye Samuel Adenle I, Ataoja* de Osogbo (importante ciudad de comercio agrícola al suroeste de Nigeria), fue el abuelo de Leye Adenle. Un rey que además era escritor en idioma Yorùbá, un continuo dialectal del occidente africano y que es uno de los cinco idiomas oficiales de Nigeria. Pero su afamado descendiente eligió radicarse cerca del río Támesis, en la capital inglesa. Y no tiene intenciones de convertirse en rey.

Es autor de tres novelas y numerosos cuentos, algunos publicados bajo seudónimo, y se ha hecho acreedor de prestigiosos reconocimientos a su obra.

Sus historias, logrados exponentes del *noir*, presentan a la ciudad de Lagos (antigua capital de su país natal y uno de sus principales centros urbanos), desde las diferentes ópticas que conviven en apretada armonía: la colorida y alegre idiosincrasia local y los más oscuros recovecos donde se ocultan el crimen y las pasiones desenfundadas en una ciudad densamente poblada.

Su admiración por Borges, la que expresó en numerosas ocasiones, incluyendo su estadía en la Ciudad de Buenos Aires durante el Festival Internacional de Literatura de Buenos Aires en 2017, se hace patente. Y, al igual que su admirado escritor, cree en la superioridad del género policial de ficción. ►

Su primera novela, *Easy Motion Tourist* (2016), en su edición castellana de la editorial independiente Metalúcida (Argentina). La primera de la serie protagonizada por Amaka, una mujer joven que no teme luchar contra el tráfico de esclavas sexuales.



ULRICA: Tus novelas presentan partes del mundo (geográfica y socialmente hablando) que no son muy frecuentados por los lectores occidentales. ¿Por qué crees que se sienten atraídos por tus libros?

LEYE ADENLE: Los libros nos llevan de viaje. En ocasiones ese viaje es a un pasado nostálgico; en otras es a un futuro idílico, a veces a un lugar en el que nunca habíamos estado. Es escapismo. Yo no leo para volver a aprender algo que ya sé, sino para descubrir nuevas cosas, nuevos lugares y emociones, incluso nuevos miedos. Me gusta pensar que en mis libros, los lectores que no están familiarizados con Nigeria, tienen la chance de hacer un viaje por la colorida, diversa, excitante y ecléctica Lagos, la antigua capital.

U: En tus historias uno se percata de que la cultura africana está mucho más presente en la cultura occidental, de lo que solemos creer. Me refiero al jazz, al hip-hop, al arte. ¿Creés que tus novelas forman parte de ambas culturas? ¿En qué sentido?

LA: El intercambio cultural ocurre constantemente cuando no lo percibimos. Un challenge de internet se viraliza con más velocidad que el tweet más reciente de Trump y es

«Estoy convencido de que la
ficción policial es el género por
excelencia.»

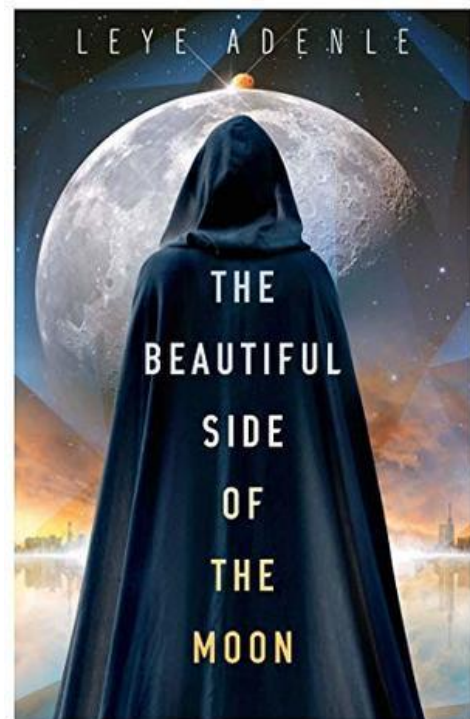
usualmente más seguro. La música mezcla todos los estilos e influencias que los músicos han escuchado y que los han enriquecido. Honestamente, no pienso que sea posible escribir sobre la condición humana contemporánea sin referencias culturales cruzadas. Las novelas, por su parte, son una gran herramienta para mezclar y entremezclar culturas.

U: El crimen y las ficciones policiales siempre están en lo más alto de las listas de bestsellers en todo el mundo. Un fenómeno que también se repite en la televisión y en el cine. ¿En qué medida considerás que la ficción policial africana (como la tuya) se diferencian de la ficción clásica de detectives en occidente?

LA: No estoy seguro de qué convierte a un libro en africano. ¿Es la nacionalidad del autor o es el escenario de la historia? Si es lo primero, creo que la única diferencia es el autor. Si es lo segundo, entonces es evidente que es la ubicación. El thriller es el thriller sin importar a dónde esté situado. A una ficción policial que se desarrolla en África se le agrega la ventaja de que estará situada en un verano casi perpetuo. Lo que llamamos el Sunshine Noir (noir soleado). Las sombras más oscuras se dan donde el sol es más brillante.

U: Algunos críticos consideran a la ficción policial como un género menor. ¿Cuál es tu opinión al respecto? ¿Qué historias crees que se pueden contar diferentes a otros géneros?

LA: Algunas personas son incapaces de reconocer una gran obra de arte cuando la tienen ante los ojos. Pero no nos la agarramos contra ellos; es una falla en su educación. Dicho esto, casi ▶



Experto en combinar géneros, en su última novela Leye Adenle se adentra en una aventura de ciencia ficción. El relato se construye basándose en las antiguas tradiciones narrativas de los cuentos africanos, la ciencia ficción moderna y el suspenso contemporáneo.

cualquier género puede ser contado a través de la trama de un thriller policial. A menudo, una novela policial va a contener sub tramas que pertenecen a otros géneros: romántica, de terror, ciencia ficción, realismo mágico. Estoy convencido de que la ficción policial es el género por excelencia.

U: Hemos leído que admirás a Jorge Luis Borges. ¿Qué pensás de él como escritor de ficciones policiales?

LA: *Me gusta pensar que Jorge Luis Borges veía a las historias de detectives como una forma de arte profundamente intelectual. De hecho, estoy convencido de ello. ¿Qué opino de él como escritor de historias de detectives? Que era brillante. Pero seamos sinceros, él es Jorge Luis Borges; no puede ser otra cosa que no sea brillante.* ■

<<Las novelas, por su parte, son una gran herramienta para mezclar y entremezclar culturas.>>

*Amante del buen vino **Leye Adenle**, no se privó de probar y elogiar el Malbec argentino en su visita a la Ciudad de Buenos Aires, cuando participó de la edición 2017 del FILBA. En la imagen, durante un cocktail organizado por el Fondo Nacional de las Artes (Argentina)*

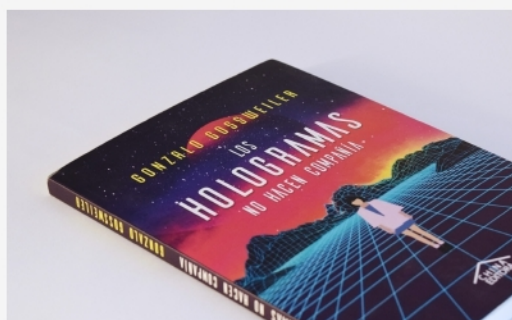


20
20

EDICIONES CUIDADAS

CHINA EDITORA

DE LIBROS EN LOS QUE CREEMOS



SEGUINOS EN NUESTRAS REDES SOCIALES



fb.com/chinaeditora



[@chinaeditora](https://twitter.com/chinaeditora)



[@chinaeditora](https://instagram.com/chinaeditora)

CULTURA DE LA ~~CANCELACIÓN~~

Por Juan Francisco Baroffio

@queremoslibros

**Un debate, iniciado por una carta
abierta, que divide a escritores,
intelectuales, lectores y a la
industria cultural. Un debate que
nos interpela como sociedad.**

Una vieja y remanida premisa de la filosofía política indica que el fin justifica los medios. Frase harto repetida y cuya popularidad la ha invisibilizado. Está ahí como el aire que uno respira pero que no percibe ni con la vista ni con el olfato. Pero hay ciertos gases nocivos que tampoco se perciben hasta que han dañado el organismo. Incluso, hasta que el daño es tan severo que ya no tiene remedio. Por eso habría que plantearse cuáles son los medios y cuáles los fines. Pareciera que se tratara de una verdad de Perogrullo pero en ocasiones los límites son muy sinuosos y poco claros.

Si algo caracterizará a esta segunda década del siglo XXI es el resurgimiento de movimientos de defensa de los Derechos Humanos y las libertades individuales. Las viejas cuestiones no resueltas sobre discriminación (por sexo, nacionalidad, color de piel, orientación sexual, entre otros), y las modernas (o ya no tanto), relacionadas al medio ambiente, ocupan la mayor parte del debate público, en general, de las clases medias y altas de las sociedades occidentales. También de sus referentes sociales, políticos, intelectuales y mediáticos.

En pos de los cambios reclamados y que, en general, parecerían inalcanzables (pensemos que Estados Unidos continúa con los problemas raciales después de ciento cincuenta y cinco años del fin de la Guerra de Secesión y ciento cincuenta y siete de la abolición de la esclavitud), se han propuesto diversos medios de lucha. El principal es la concientización de que sin un cambio de paradigma cultural, a niveles locales y globales, poco y nada se conseguirá. La desconfianza generalizada en las instituciones políticas y estatales ha llevado a la militancia directa de los individuos. Las redes sociales, desde la llamada Primavera Árabe (2010-2012), se han convertido en el recurso principal de los que protestan contra las injusticias y los crímenes sexuales y de odio. Pero también se han colado en esas mismas redes sociales manifestaciones más violentas y desproporcionadas que, aprovechando la masividad y cierto sentimiento de impunidad, exacerban el debate. Atacando a los que se manifiestan o a los que opinan en contra. Estas actitudes parecieran

considerar que cualquier medio es lícito a la hora de lograr los cambios, incluso el de prohibir o castigar severamente a las expresiones políticas, intelectuales o artísticas que cuestionen o pretendan debatir los cambios, o que se expresen en formas consideradas inaceptables e, incluso, por

trasgredir ciertas expectativas. A esto, hoy se lo llama **cultura de la cancelación** y lo que busca es la desaparición pública tanto de las

opiniones cuestionables o impopulares como de aquellos que las compartieron.

Algunos intelectuales y artistas perciben a esta tendencia como una infección que se esparce y contamina las verdaderas luchas emprendidas por la sociedad y que tiene el peligro potencial de formar una conciencia colectiva intolerante y antidemocrática. Pero esta opinión no es uniforme y el debate está en pleno apogeo.

Manifiesto Harper's

Se conoce así a una carta publicada hace pocas semanas (7 de julio), en la prestigiosa revista neoyorkina Harper's Magazine, fundada en 1850. **A Letter on Justice and Open Debate (Carta sobre justicia y debate abierto**, en castellano), busca denunciar lo que los firmantes entienden como nuevas formas de moral y de compromiso político que <<tienden a debilitar nuestras normas de debate abierto y de tolerancia por las diferencias en favor de una conformidad ideológica>>.

El argumento principal del documento, firmado por más de un centenar de escritores, periodistas y académicos, vinculados al mundo anglosajón, es que el estilo de vida liberal (entiéndase en el sentido del Estado Liberal moderno y no del liberalismo económico, que son estructuras filosóficas diferentes), cuya esencia vital es el intercambio libre de ideas e información, está en constante amenaza por la cultura de la cancelación. Entienden que se está generando un estado permanente de intolerancia hacia los puntos de vista opuestos, de una moda del linchamiento mediático (sobre todo a través de lo que se conoce como *online shaming*, una forma de humillar y exponer cuestiones privadas en internet), que busca el ostracismo o la cancelación del ajusticiado y una tendencia a

ampliamente en nuestra cultura>>, expresan en un pasaje.

El grupo, muy heterodoxo, denuncia casos de censura y de <<castigos desproporcionados>> por parte de líderes institucionales que reaccionan en forma histérica para controlar daños en lugar de considerar verdaderas reformas. Argumentan que hay editores a los que se despide de sus empleos por trabajar con piezas controvertidas; que se retiran libros de imprenta por presuntas faltas de originalidad; periodistas a los que se les prohíbe escribir sobre determinados temas; profesores que son investigados por citar ciertas obras literarias en sus clases; investigadores académicos que son despedidos por difundir el trabajo de un colega revisado por sus pares. Incluso, dicen, que se toman represalias por errores que apenas podrían ser considerados como torpezas.

Los firmantes de esta carta abierta son voces de un amplísimo abanico. Tanto en lo profesional como en lo ideológico, filosófico y religioso. Impulsada por el escritor afrodescendiente **Thomas Chatterton Williams**, entre las firmas encontramos a figuras resonantes como los escritores **Margaret Atwood, J. K. Rowling, Salman Rushdie, Martin Amis, Jeffrey Eugenides**, los académicos **Noam Chomsky, Francis Fukuyama, Ian Buruma** o el argentino **Federico Finchelstein** de la Universidad Brown, y a la periodista **Gloria Steinem**, líder y vocera del movimiento feminista norteamericano en los años 60 y 70 y co-fundadora del Women's Media Center. No temen calificar al presidente estadounidense Donald Trump como una verdadera amenaza a la democracia a quien, además, consideran como el principal aliado de las fuerzas del anti-liberalismo que ganan vigor a lo largo del mundo.

Finalmente, entienden que la forma de combatir las malas ideas es mediante la exposición, la argumentación y la persuasión, y <<no tratando de silenciarlas o de esperar que desaparezcan>>. <<Rechazamos cualquier elección falsa entre justicia y libertad, ya que no puede existir la una sin la otra>>, expresan en los tramos concluyentes del documento y piden que se deje espacio a los escritores para poder experimentar, tomar riesgos creativos e, incluso, equivocarse.

<<Si no defendemos exactamente aquello de lo que depende nuestro trabajo, no podemos



HARPER'S
MAGAZINE



Algunas
grandes
firmas del
Manifiesto
Harper's:
Atwood,
Rushdie,
Steinem y
Chomsky.

disolver las cuestiones políticas complejas en una engeguizada certeza moral. <<Si bien hemos llegado a esperar esto en la extrema derecha, la censura también se está expandiendo más esperar que el público o el estado lo defiendan por nosotros>>, cierran la carta con esta clara manifestación de su intención.

Repercusiones

Si bien para el gran público, sobre todo de los países alejados del colosal mundo editorial estadounidense, es un tema que pudo haber pasado desapercibido, no pocas fueron las reacciones ante el documento publicado por Harper's.

En un extremo, voces críticas cuestionaron tanto el contenido de la carta abierta como a los firmantes. En algunos casos con las reacciones exacerbadas que se denuncian en ella. Algunos decidieron correr el eje del debate para centrarse en las personas y no en las ideas expresadas. Las voces más encendidas, sobre todo en Twitter, no han dudado en calificarlos como <<a bunch of old white people>> (un puñado de viejos blancos). Según esta visión, se trataría de una reacción exagerada y de auto victimización infundada por parte de un grupo de personas privilegiadas que no conocen lo que en realidad significa ser discriminado o segregado.

Incluso dentro de las propias filas de los firmantes no han faltado las polémicas: la historiadora **Kerri Greenidge**, luego de las reacciones desfavorables que recibió en su cuenta de Twitter, denunció no haber firmado el documento. En su cuenta del pajarito azul pidió a la revista Harper's que se retractara públicamente. Estos publicaron, a modo de respuesta, los *e-mails* que la historiadora les había enviado dando su conformidad para aparecer como adherente a la carta. A lo que la historiadora respondió cambiando a *privado* el estado de su cuenta en la red social. No obstante, su firma fue removida del documento publicado *on-line*. Otra de las que se arrepiente de haber prestado su firma, es la académica en comunicación **Laura Kipnis**; según ella, no se retracta del contenido del documento, pero sí de figurar junto a la escritora británica **J. K. Rowling**, que en las últimas semanas

estaba siendo acusada de haber realizado comentarios transfóbicos. Desde el equipo de prensa de la creadora de Harry Potter, nos informaron que por el momento no realizaría comentarios al respecto de la carta y sus repercusiones.

Por otro lado, desde las filas más incendiarias de la extrema derecha se han mofado de que ahora escritores progresistas de izquierda sean víctimas de ese mismo progresismo de izquierda.

Otra parte de la crítica, más moderada, considera que los temas abordados en la carta, si bien son loables, se han planteado en forma superficial, lo que puede prestarse a confusión y dejar abierta la puerta para que bajo el paraguas de la libertad de expresión, se den rienda suelta a todo tipo de discursos de odio.

Contra-manifiesto

La periodista **Arionne Nettles** llevó a cabo una respuesta diferente pero también severamente crítica. Profesora con orientación a la narrativa digital en la Facultad de Periodismo de la Universidad Northwestern (Illinois, EEUU), una de las diez más prestigiosas de ese país y que entre sus alumnos notables cuenta con el escritor George R. R. Martin, la ex duquesa de Sussex Meghan Markle y los actores Charlton Heston y Julia Louis-Dreyfus, Nettles impulsó la publicación de un "contra-manifiesto" llamado **A More Specific Letter on Justice and Open Debate (Una carta más específica sobre justicia y debate abierto,**

en castellano).

Firmado por otro centenar de académicos y periodistas, en

general pertenecientes a grupos de identidad que suelen ser blanco de discriminación en Estados Unidos, la carta fue publicada en el portal The Objective, una plataforma que se presenta como la alternativa de publicación para los periodistas típicamente ignorados en aquel país.

Este documento, del 10 de julio, cuestiona que los firmantes del Manifiesto Harper's pertenecen a grupos sociales y raciales que nunca han sido cancelados o segregados y que, por su nivel de exposición pública y fama, no carecen de medios para poder expresarse. Esto último, que quedaría

<<Que la libertad pueda ser producto del caos es quizá paradójal.>>

evidenciado en que su manifiesto es publicado por uno de los medios más prestigiosos del país. El contra-manifiesto también alza su voz crítica ante lo que considera un silencio manifiesto sobre los casos de segregación y discriminación que sufrieron tradicionalmente las minorías. <<En verdad, las personas negras, marrones y LGBTQ+ –en particular las personas negras y trans –pueden ahora criticar públicamente a las élites y

<<Una reacción cáustica hacia una industria que se está diversificando.>>

hacerlas responsables socialmente (por la discriminación y los abusos); esta pareciera ser la principal preocupación de la carta>>, dice la publicación impulsada por Nettles.

Continúa luego desmenuzando los casos de cancelación y represalias denunciados en el el Manifiesto Harper's. Entienden que el documento que inició la controversia, lo que pretendía era esgrimir defensas en favor de editores, autores y periodistas que sufrieron cuestionamientos por sus actitudes racistas o xenófobas, o por denuncias de violencia sexual. Y especifica casos resonantes en los que sí fueron discriminados o censurados autores y periodistas por su pertenencia racial, nacional o sexual.

Consideran que a la carta publicada por la Harper's Magazine le falta el cuestionamiento sobre quién verdaderamente ostenta el poder y qué hace con él. En uno de sus puntos sobresalientes

expresa que el Manifiesto Harper's puede ser leído como <<una reacción cáustica hacia una industria que se está diversificando – una que está empezando a cuestionar las normas institucionales que antes han protegido la intolerancia>>.

En sus tramos finales, el documento impulsado por Arionne Nettles, cuestiona en específico a algunos de los firmantes de su contraparte y los acusa de haber llevado adelante los mismos actos reprobatorios que hoy denuncian.

No todo son críticas

La encendida polémica no sería tal si solo hubiese cosechado voces en contra. Un amplio espectro también se ha manifestado en favor del contenido del Manifiesto Harper's. Tanto académicos como escritores y público en general, han mostrado su apoyo a través de redes sociales y publicaciones tradicionales.

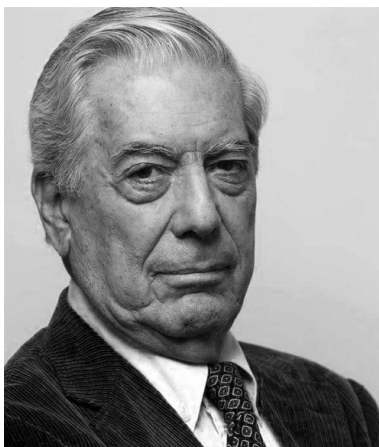
Algunos opinan que es injusto calificar a ese documento como una expresión de gente vieja y privilegiada, ya que entre sus firmantes menos conocidos para el gran público se encuentran prominentes académicos, autores y periodistas que representan a un amplio y diverso mundo de ideas y expresiones culturales. Por otro lado consideran que el hecho de que lo hayan firmado grandes personajes cuya obra difícilmente sea cancelada, no le resta mérito. Todo lo contrario, ya que estas voces resonantes son las que hacen que el tema sea debatido a gran escala y, a su vez, dan voz a autores menos conocidos y que se encuentran en una situación desfavorable respecto al poder de

Voces que no se callan: Arionne Nettles, principal crítica del Manifiesto Harper's y los símbolos de los dos movimientos de lucha que más resuenan hoy en día.



BLACK LIVES MATTER





De todo el mundo: el peruano Mario Vargas Llosa, la española Milena Busquets y la argentina Ariana Harwicz, algunas de las voces que expresaron su apoyo al Manifiesto Harper's.

instituciones académicas y mediáticas y a grupos editoriales.

Las redes sociales, siempre tan reactivas, también se expresan en forma brutal al creer que los movimientos como **Me Too** o **Black Lives Matter** solo se dedican a la caza de brujas o a una suerte de macartismo progresista.

Algunos expertos consideran que en verdad se está generando un clima de intolerancia que reduce el debate a meras reacciones sentimentales y que se excluye lo racional. Los debates, a su vez, se estarían volviendo endogámicos ya que solo se

<<Faltaría que empiecen a quemar libros en las plazas.>>

buscaría expresar opiniones en foros que responderán en sintonía. Todo esto presenta un panorama de empobrecimiento generalizado de la cultura y cierra las puertas al diálogo fructífero que las sociedades necesitan para lograr los cambios culturales extensos que busca para combatir los males que la aquejan.

Consultado por ULRICA **Carlos Escudé**, renombrado académico argentino especialista en Relaciones Internacionales, investigador principal del CONICET y doctorado en la Universidad de Yale, opina que el manifiesto le parece muy apropiado para los tiempos que vive EEUU. <<Me parece justo y necesario. Leerlo ayuda a ordenar cosas que uno ya sabe. Y ese ordenamiento también nos permite comparar. A pesar de nuestra mentada "brecha", en este instante puntual nosotros vivimos un clima de mucha más tolerancia y libertad que los norteamericanos>>. Así mismo considera que una uniformidad de pensamiento, en la que el debate se ve aprisionado por tal o cual corset ideológico, pone en riesgo la libertad: <<Que la libertad pueda ser

producto del caos es quizá paradójal. Pero este es uno de los países más libres del mundo gracias precisamente al caos>>.

Adhesión

Por su parte, un colectivo heterogéneo y de peso en las letras hispanas ha hecho un acto de adhesión pública a lo expresado por sus pares en la Harper's Magazine. Con nombres resonantes como el premio Nobel **Mario Vargas Llosa, Milena Busquets, Oscar Tusquets, Fernando Savater, Nuria Azancot, Eva Serrano** y otro centenar proveniente de la literatura, el periodismo y las academias, se publicó un comunicado en que expresan su apoyo completo a los movimientos que luchan <<contra lacras de la sociedad como son el sexismo, el racismo o el menosprecio al inmigrante>> y desean manifestar su preocupación <<por el uso perverso de causas justas para estigmatizar a personas que no son sexistas o xenófobas o, más en general, para introducir la censura, la cancelación y el rechazo del pensamiento libre, independiente, y ajeno a una corrección política intransigente>>.

Con palabras que no se quedan en medias tintas, responsabilizan a líderes empresariales, representantes institucionales, editores y responsables de redacción, de realizar actos de censura y cancelación con el fin de no ver disminuidas sus ventas. Entienden que una nueva radicalidad intenta imponer una uniformidad de pensamiento que se asemeja a la censura supersticiosa o de la extrema derecha, y que tiene un fundamento antidemocrático e implica <<una actitud de supremacismo moral que creemos inapropiada y contraria a los postulados de cualquier ideología que se reclame "de la justicia y del progreso">>.



Finalizan diciendo: <<La cultura libre no es perjudicial para los grupos sociales desfavorecidos: al contrario, creemos que la cultura es emancipadora y la censura, por bienintencionada que quiera presentarse, contraproducente>>.

Esta postura, ha generado iguales reacciones que las del Manifiesto Harper's. El bookstagrammer español **José Luis Romero** (creador de la cuenta **@IcaroBooks**), considera, consultado por esta revista, <<curioso como los firmantes, todos progresistas en teoría pero mayores de cincuenta años, se quejan por nuevas reglas del juego. Cualquiera, a voz de pronto, estará a favor de la libertad de expresión y a cualquier debate abierto>>.

Por otro lado, autores argentinos como **Marcos Aguinis** y **Ariana Harwicz**, dijeron a ULRICA mostrarse totalmente de acuerdo tanto con el Manifiesto Harper's como con la carta de adhesión. La autora de obras como *Degenerado* o *Matate, amor* dijo lamentar que <<tenga que ser siempre el poder el que indique el camino>>, al referirse que, para enfrentarse al poderío norteamericano en la industria de la cultura y el entretenimiento, tengan que ser otros poderosos los que presenten la batalla y logren que el debate se replique en medios internacionales de prestigio. <<Estoy de acuerdo con esto que dice la nota sobre esa cultura de la vergüenza pública y con, obviamente, el retroceso político que implica que los libros se censuren, se saquen de circulación, se retiren de librerías>>. <<Faltaría que empiecen a quemar libros en las plazas>>, concluye con preocupación.

Casi precursoramente, **Ariana Harwicz** y **Edgardo Scott** publicaron el 4 de julio (tres días antes de que el Manifiesto Harper's viera la luz), una columna de opinión en El País (España), titulada

Editores y escritores de rodillas. En este texto se sorprenden de que hoy se destaque cuáles expresiones artísticas del pasado hoy estarían prohibidas o reprimidas en lugar de celebrar cómo han cambiado los tiempos o cómo han mejorado para algunas injusticias o inequidades. De esto, entienden, sacarán provecho económico las editoriales que presentaran solo textos inocuos y correctos políticamente, con el fin de satisfacer la demanda. <<Catálogos enteros, editoriales como paquetes ideológicos donde de lo que se trata en verdad, es de que el libro, el diseño del libro, la escritura, el autor (y el lector) se sometan a un corset, a un corral político>>.

Un debate que llegó para quedarse

En los últimos tiempos hemos visto expresiones de todo tipo a la hora de manifestarse en favor de los cambios de paradigma culturales que aun presentan resabios sexistas, racistas, y de otras índoles discriminatorias. Hemos visto el pasado puesto en entredicho, juzgado severamente en los medios de comunicación y en las redes sociales. Se han derribado estatuas, se han dejado de incluir en las grillas televisivas a ciertas películas o series y hay libros que no volveremos a ver editados.

Ciertamente estamos en una época de cambios profundos y en los que cada uno siente la necesidad de expresar sus opiniones. Y las redes sociales dan esa posibilidad, sin ningún tipo de filtro y sin importar lo cruel o bestial que pueda ser.

En definitiva, volvemos al principio de este artículo, que no tiene respuestas sino solamente busca presentar el debate y sus aristas. En los próximos años, una vez más, deberemos discutir sobre qué medios queremos usar para lograr nuestros fines y si cualquier medio es justificable cuando creemos que el fin es bueno. ■



Nos pega la pandemia, nos juntamos entre todxs.

Te esperamos en:

feriadeeditores.com.ar/fedvirtual



**9° Feria
de Editorxs**

7, 8 y 9 de agosto

*Las compras que se realicen durante la FED se entregan
en CABA sin cargo entre el 12 y el 21 de agosto.*

*Las charlas las podés ver en el canal
de You Tube de la FED.*

▶ */feriadeeditores*

Antonio Requeni traza un perfil muy personal de la famosa poeta. Testimonio vivo, entre la nostalgia por la amiga y la admiración por la artista.

ALEJANDRA PIZARNIK

AQUELLA MUCHACHA FERVOROSA

Una tarde de 1955 entré en el bar *Florida* de la calle Viamonte, a metros de la Facultad de Filosofía y Letras, frecuentado por los poetas de la Generación del 40. Sentados a una mesa estaban el español Arturo Cuadrado, editor de *Botella al Mar* y una jovencita que Cuadrado me presentó, **Alejandra Pizarnik**. Reconocí en ella a una vecina (los dos vivíamos en Avellaneda, Provincia de Buenos Aires - Argentina), que había visto otras veces sin saber quién era. Alejandra tenía entonces 19 años y acababa de publicar, con el sello de Cuadrado, ***La tierra más ajena***, libro que me dedicó. Ese fue el comienzo de una amistad que duró hasta su muerte, en 1972. Como vivía cerca, la visité muchas veces en la casa de Lambare 114 donde ella vivía con sus padres. Su hermana Myriam hacía poco que se había casado y había dejado la casa.

Alejandra era menuda, de pelo corto, castaño, y ojos entre verdes y grises, con un rostro reacto al maquillaje (nunca lo usó) que podía haber disimulado las marcas del acné. Tenía mucho humor, una gracia irónica y le gustaba intercambiar chismes de los escritores, pero lo que verdaderamente le apasionaba era la poesía. Teníamos preferencias distintas pero eso no impedía que congeniáramos. Ella admiraba a los románticos alemanes y a los surrealistas franceses. Yo le presté dos libros que, recuerdo, le interesaron mucho: *El alma romántica y el sueño* de Albert Beguin y *De Baudelaire al surrealismo* de Marcel Raymond.

Alejandra soñaba con viajar a París, la ciudad de sus poetas predilectos, en esos años de efervescente existencialismo. En 1959 yo viví en París cuatro meses, gracias a una beca, y al regreso charlamos mucho sobre mis experiencias. <<París -le decía- es una ciudad cortada a tu medida>>. Un año después ella consiguió viajar y vivió allí cuatro años. Fue amiga de Julio Cortázar, de Octavio Paz y frecuentó

a poetas franceses. En París escribió ***Árbol de Diana***, que prologó Octavio Paz y publicó ***Sur*** dos años más tarde. Desde París me envió varias cartas que figuran en el tomo *Correspondencia Pizarnik*, recopilado por su amiga Ivonne Bordelois.

Pero Alejandra regresó distinta; desde entonces ella y su poesía profundizaron cada vez más en la visión angustiosa y desolada que ya aparecía en sus primeros versos. Físicamente más delgada, de rostro anguloso y rasgos de una desasosegada introversión. Conservaba el humor, pero éste se fue haciendo ácido, sombrío. Fueron años, hasta su suicidio, de una constante depresión, de la que no pudieron rescatarla las sesiones de psicoanálisis con León Ostrov y Enrique Pichón Riviere. De esa época son los libros ***Los trabajos y las noches*** y ***Extracción de la piedra de locura***, así como sus últimas prosas, tan exasperadas.

Nos seguimos viendo, pero con menor frecuencia. No me sentía cómodo con las compañías que la rodeaban: el alcohol, las drogas... Cuando se suicidó sentí dolorosamente su muerte, pero no me sorprendió. Alejandra era carne de suicidio. Lo había intentado anteriormente y la salvaron en el hospital Pirovano. Además lo había dejado escrito: <<Basta de hacer cola para morir>>.

Si vivir muchos años es vivir muchas muertes, Alejandra vivió en pocos años muchas vidas. Su trayectoria vital, desde la adolescencia a la temprana madurez, estuvo signada por experiencias interiores, íntimas, que explicitó descarnadamente en sus poemas. Siempre la admiré y la quise, pero prefiero recordarla como aquella muchachita fervorosa, intensamente sensible, inteligente y tiernamente afectuosa que una tarde me presentó Arturo Cuadrado en un bar de la calle Viamonte y a la que yo visitaba en la casa de sus padres. ■



(Buenos Aires, Argentina) **Antonio Requeni** nació en 1930. Es poeta, escritor y periodista. Miembro de la Academia Argentina de Letras. Durante 40 años ejerció el periodismo en el diario La Prensa . Entre sus libros de poesía se encuentran *Umbral del horizonte* (1960), *Inventario* (1974), *Línea de sombra* (1986) y *El vaso de agua* (1997). En prosa: *Los viajes y los días* (1960), *Cronicón de las peñas de Buenos Aires* (1985), entre otros. Ha recibido diversos premios y reconocimientos, como el Gran Premio de Honor de la SADE, el Premio Rosalía de Castro del PEN Club de Galicia (España). Es Personalidad Destacada de la Cultura de la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires. y fue condecorado con la orden de Cavaliere Ufficiale por el Gobierno de Italia.

POESÍA

POR
DENISE GRIFFITH

Pulpos

los pulpos también
pueden ahogarse en su propia tinta

un pulpo se puso negro
al soñar con la caza
yo me puse violenta
al soñar con quien atropelló a mi perra
y lo borré
como un niño que se cubre los ojos
y cree que todo desaparece

estos poemas no me reemplazarán
cuando esté muerta
quiero que me recuerdes
a través de un animal



PH. Marcial Gala

Primates

primates
recordemos:
en algún lado
a un monito
lo separaron de su madre al nacer

lo encerraron con dos opciones:
una mamadera
o una madre ficticia
con ojos de lata y cuerpo mullido

mientras científicos lo miraban
se turnaba entre ambas
mamaba rápido
y se iba con la cálida
más parecida a la real,
luego nunca pudo socializar

las monas transportan a sus crías
hasta diez días después
de su fallecimiento
te recuerdo que hace no mucho tiempo
algunos humanos enviaron
bebés por correo
ojo cuando decís que en cierto sentido
nos parecemos a ellos

Perra bomba

la guerra de los 100 años
duró 116
siempre se alarga el tiempo
cuando se trata de sangre

los estuvieron controlando
con comida atractiva
los entrenaron para buscar alimento
debajo de los tanques
mientras pisaban campo minado

la mataron de hambre
hasta acostumbrarse
llegó el día y
corrió
y explotó el artefacto
con ella, murieron soldados
se extinguieron los inmundos enemigos

dicen que a los nenes malos
se los lleva el lobo
en este caso el lobo vestido de muerte
que sacrificaron

crean un material más resistente que el diamante
de ese material deberían ser
todos los perros, pienso
o que al menos crezca un helecho rojo

regalo de Dios
en la tumba de cada dueño que entregó su amor



(Buenos Aires, Argentina - 1993) Escribe poesía, ensayo y narrativa. Es miembro de PEN (poetas, ensayistas, narradores) internacional. Publicó dos poemarios (Antojos de desorden y Carencia. Ha publicado en diversas antologías de Blackie Books, del Centro Ana Frank de Argentina y de Inguz Editorial, entre otras. Es traductora literaria y técnico-científica graduada del IES en Lenguas Vivas "Juan Ramón Fernández". Tradujo poesía y narrativa argentina al inglés para Estados Unidos. En este momento, es dueña de la editorial **Liberoamérica** en Argentina y se dedica a traducir del inglés al español y del español al inglés y a dar clases de dicho idioma para adultos. También coordina talleres de lectura gratuitos sobre clásicos del siglo XX con la ONG **Leamos un libro**.

Podés seguirla en @d.e.griffith

40 textos

Por Ricardo Romero

Fotografías de Belén Sánchez Campos

Presentamos una obra original e introspectiva. Textos escritos para pensar desde la inmediatez de las redes la experiencia de la cuarentena; esbozos de crónicas, fragmentos poéticos, ideas en loop que no intentan capturar una experiencia, que son más bien una forma más de experimentarla.

1

1

Y de pronto, en la perspectiva de estos días donde la irrealdad de nuestras cotidianidades se resquebraja para mostrar la realidad de los detalles (las partes, las fracciones son ciertas, no el todo: el todo es apenas el relato que necesitamos, la ley de gravedad que impide que nuestro universo prescinda de nosotros), de pronto, entonces, descubrimos que tender una cama, encender una hornalla, regular la temperatura del agua en la ducha, nos son tareas inocuas. El tiempo se vuelve visible. Y el tiempo que se ve es destiempo: una media de algodón puesta al revés, con todas las hilachas expuestas.

2

Dan vueltas y vueltas por las habitaciones, entre el fastidio y la algarabía. Nadie lo sabe mejor que los chicos de cinco o seis años: la dirección que le atribuimos al tiempo es la flecha que apunta al corazón de nuestro miedo.

3

De todas maneras no hay que dramatizar, no es necesario. ¿Tenemos que elegir todos los días qué ropa ponernos? ¿Qué criterio utilizamos para hacerlo? Me pongo una remera roja porque hace juego con el sillón del living en el que voy a sentarme a leer. Me camufla. ¿Hay algo superficial en eso que podemos descartar? ¿Es lo superficial lo que tenemos que descartar o el sentido que queremos adjudicarle cueste lo que cueste? Contemplo el placard abierto. Cuando miro adentro del placard, el placard mira adentro mío.

4

Tarde de domingo. Las superficies conspiran. La prueba es este ruido de helicópteros que es como si el silencio tuviera un tornillo flojo, esas sirenas que se acercan y no llegan nunca, que se alejan sin irse del todo. ¿Tengo que alinearme, tengo que tratar de

pasar desapercibido, como diría Gironde, entre los muebles y las sombras? El pensamiento es el pulso que me delata. El tornillo flojo del silencio que me habita, las sirenas que rodean el accidente que soy sin abordarlo nunca. Este accidente. Este improbable acontecimiento. Eso es lo que tengo que recordar. Que soy improbable.

5

Ir a hacer las compras suele ser un momento perdido del día. Hoy, en cambio, parado en la vereda a un metro del que me precedía y a uno del que me seguía, bajo un sol fuerte, lo sentí como un momento ganado. El impulso se presentó sin que yo lo estuviera esperando. Algo activo, tonificante: las ganas de leer. Hubiese sido el mejor momento del día para hacerlo. No tenía el libro conmigo, pero eso me llevó a pensar en todos los que estábamos haciendo la cola. De pronto me imaginé filas de lectores, de gente concentrada estudiando matemáticas, aprendiendo a hacer un horno de barro o anotando en los bordes de un manual los puntos claves y transversales que le permitirán entender una lengua que desconoce. Un metro hacia adelante, un metro hacia atrás. Un sol fuerte. No podemos concentrarnos en nuestras casas y entonces salimos a comprar un limón, cien gramos de mortadela, un jabón de glicerina y, amparados por esa espera, esa futura e ínfima transacción, nos ensimismamos. Somos improbables.

6

Ensimismarse. En este aislamiento el <<sí mismo>> es más difícil de encontrar. No tenemos referencias que nos permitan ver con relativa claridad dónde empezamos y dónde terminamos. Qué somos y qué no. No quiero esconderme entre mis reliquias. En estos días la ansiedad espesa el aire y flotamos en él. Y la ansiedad es una apropiación innecesaria del mundo.

7

Libro de lomo rojo, libro de lomo azul, gato de bronce de veinte centímetros, otro gato de bronce que parece más bajo porque tiene la cabeza inclinada (y entonces no solo parece más bajo, sino más cercano al movimiento, como si acechara la posibilidad), lámpara, anteojos que no son los que

tengo puestos. Libro, libro, gato, gato, lámpara, anteojos, Ricardo. Sustantivar es un ejercicio aeróbico. Es, también, un acto de fe.

8

La terraza. Subo dos o tres veces al día. A veces solo para leer o hacer un simulacro de ejercicios, a veces con Victoria, el perro y una pelotita verde. Subo para colgar la ropa y descolgarla. A veces me cruzo con algún vecino y charlamos sobre los temas inevitables. Ayer éramos varios y en medio de la conversación, de esas conversaciones en que nadie participa del todo, mientras cada uno miraba el perro ajeno o esas enigmáticas Adidas que cuelgan de la sogá desde hace cuatro días, me di cuenta de que buscaba algo. Me había acercado al muro del borde de la terraza que debe tener poco más de metro y medio. El cuerpo del edificio es interno y está en el centro de la manzana, por lo que tengo que adivinar el trazado de las calles por los árboles. Solo puedo ver un tramo de Brasil a través de la explanada de un estacionamiento al aire libre. Y hacia ahí miraba, porque no hay que subestimar lo que las calles hacen a nuestro ánimo. Pasó un ciclista. ¿Esperaba eso, que pasara un ciclista? No, no era eso. En el tramo de calle que puedo ver, frente al portal de dos hojas de un edificio de BGH con aire ministerial que tiene todas las persianas bajas, hay un farol del alumbrado público. Estaba encendido. Al verlo me di cuenta qué era lo que había buscado al asomarme. Era la hora del atardecer y había querido ver el momento en que esa luz se encendía. ¿En qué estaba pensando cuando sucedió? No lo puedo recordar, solo me vienen frases sueltas dichas por los vecinos, por Victoria o por mí. Aunque la estaba mirando, la luz se encendió sin que me diera cuenta. Levanté la vista y contemplé la secuencia de casas y edificios que se abren en una larga perspectiva. Primero una, después dos, tres, diez, veinticinco. Luces en las ventanas. Tercer piso, quinto piso,



décimo piso, segundo piso. Cocinas, dormitorios, livings, baños, escaleras. Algunas se encendían y volvían a apagarse. Había sombras que las atravesaban. El comportamiento de las luces tiene la consistencia de lo que no necesita ser explicado, de lo que parece no necesitar intervención humana:

sucede y seguirá sucediendo cuando no estemos, luces encendiéndose, luces apagándose por toda la ciudad. Podemos vaciarnos en ellas (escribo <<el comportamiento de las luces>> y siento en los dedos una estática que me satisface). Hoy voy a volver a la terraza. Quiero estar atento a la luz de la calle Brasil, quiero ver cuando se encienda. Quiero, también, que las zapatillas Adidas sigan colgando de la sogá.

9

Tengo una tarea: limpiar los zócalos en los lugares donde el perro se recuesta. Los lugares son tres, y el perro los transita según la hora del día y nuestra posición en los espacios del departamento. Hay algo coreográfico en su andar, un cortejo de respeto y cariño. Estar en casa no es un problema, es la conciencia de estar en casa lo que enmaraña. Paco me mira desde su rincón del mediodía. Yo me asumo coreográfico y lo miro desde el mío. Estas palabras son mi zócalo.

10

No es necesario que suba a la terraza para vaciarme en el comportamiento de las luces. Ocurre también dentro del departamento. Desde la banqueta del desayuno, con la taza de café en la mano, solo tengo que tener la paciencia necesaria para percibir los cambios de la luz de la mañana que entra por las ventanas de la cocina. No el movimiento. El movimiento es solo el lado visible, la trampa en la que inevitablemente caigo. Lo fascinante de la luz es que tiene vida pero no tiene corazón. No necesita que ninguna emoción la justifique.

11

A un metro de distancia, las caras de los demás se vuelven importantes. Nos miramos como si nos conociéramos de algún otro lado y no pudiéramos acordarnos de dónde.

11 (bis)

A un metro de distancia, las caras de los demás se vuelven suspicaces. Nos miramos como si nos preguntáramos, ¿quién está soñando esto, vos o yo?

12

Es difícil imaginar este sol de domingo sobre la ciudad vacía. Es difícil imaginar la ciudad vacía. Me inquieta y me fascina, no sé cómo relacionarme con ella. ¿Por dónde se entra en esta ciudad? ¿Estoy afuera de ella o soy parte de este hechizo? Soy parte, asumo, y en el momento en que lo hago llega a mis oídos un entrecuchar de platos inconfundible. Recuerdo, imagino, pronóstico: es la mañana de un lunes o un martes más entrado en el otoño. Mediados de abril, pongamos, 20° grados, sol, brisa del sur. Una hermosa mañana en la que he salido a hacer trámites en el microcentro. Ya he terminado y estoy de muy buen ánimo. Y el buen ánimo me abre el apetito. Entro en el café Paulín, en Sarmiento 635. Me siento en la segunda banqueta del lado izquierdo de la barra en U. No tengo que pensarlo. Pido un sándwich de tortilla con berro y una cerveza. Me alzo de hombros frente al espejo de la pared que cubre todo el otro lado, me absuelvo. Y mientras espero, vuelvo a admirarme por la velocidad y la destreza del hombre que, adentro de la herradura de la barra, acomoda y distribuye platos y bebidas. Es alto, de brazos largos y manos grandes, pero eso, más que entorpecer su trabajo, le permite llegar a todos los rincones sin moverse. Habla con uno, habla con otro, reclama por el micrófono. Los platos repican, se deslizan, llegan a donde tienen que llegar. Me concentro en su velocidad, percibo la exageración. Es rápido, sí, pero también finge. O más bien, él se desdobra para poder contemplar su velocidad tanto como lo hago yo, y entonces en esa contemplación su destreza adquiere estilo. Saboreo el sándwich de tortilla con berro, la cerveza. En algún momento, sin necesidad de mirarme en el espejo, vuelvo a alzar me de hombros, a absolverme. La gente entra y sale del Paulín. La ciudad nunca está vacía. El sol del

domingo nunca es cierto del todo. En algún lado, el hombre de la barra del Paulín ejecuta sus malabares para sí mismo y en su destreza el tiempo y el espacio repican, se deslizan y llegan a donde tienen que llegar.

13

Día de lluvia sin lluvia, día que propone pero no dispone. También, día de resaca. Extraordinaria experiencia, disolverse en la atmósfera. De pronto la opacidad y la transparencia son una misma cosa, no hay contradicción. ¿Es eso el mentado nirvana? El problema es el sentimentalismo, su motor culposos y productivo, su ronroneo vanidoso. Porque el sentimentalismo es una inflación del yo, qué otra cosa. Así es como se cae. Podría ordenar cajones, acomodar la biblioteca, hablar con alguien con quien hace mucho que no hablo. No. Voy a dejar que el instinto, que nunca dice yo, me atraviese. ¿Qué experimento cuando miro un atardecer? Experimento que algo sucede independientemente de mí. Ahora es como si todo el tiempo estuviera mirando un atardecer. Este atardecer.

13 (coda)

<<Voy a dejar que el instinto, que nunca dice yo, me atraviese>>. Por supuesto, no el épico instinto de supervivencia, sino más bien el lírico instinto de permanencia.

14

Son las nueve de la noche. Son las nueve y media. Desde la torre de piedra en la que espero que algo cambie, me vuelvo sentencioso. Mirar por la ventana siempre me vuelve sentencioso, más si lo que veo desde la ventana es otra ventana. Me sigue rondando un moscardón sentimental. Posesión, materialización obvia del deseo, sublimación constante del presente, nostalgia del pasado como proyección hacia el futuro, nostalgia del futuro. El sentimentalismo es una de las liturgias más efectivas del capitalismo, porque ese dios siempre responde.

15

Momento epifánico. El otoño se reveló no en el cambio de clima, en la lluvia esperada de antes de ayer, sino en la reflexión retrospectiva, en el fugaz balance que en estos días acompaña al acto de

vestirme después de la ducha. Me di cuenta de que hacía más de una semana que solo usaba bermudas. El paso a los pantalones largos, aunque fuera un *jeans* roto, tuvo algo inaugural, como si fuera un chico de antaño que entra en la madurez. El ponerme medias sumó lo suyo. Por un instante, al atarme los cordones de las zapatillas, me sentí un hombre que sabía lo que hacía.

16

El problema es que cada casa, cada departamento, cada hogar, es una convención. Y este encierro blando pone en jaque esa convención. Las formas familiares se sublevan ante mi vigilancia. No quieren seguir siendo lo que son, no quieren seguir siendo para mí, responder a mi nivel de exigencia. Ni siquiera la convención del cuerpo se sostiene. Ayer, hace un rato, al atarme los cordones de las zapatillas, por un instante, me sentí un hombre que sabía lo que hacía, hasta que me di cuenta de que ya iba por la tercera zapatilla.

17

¿Y si el asunto fuera desarmar el encuadre? Usar un parche en uno de los ojos, como si espiara por una cerradura. Tapar un día el izquierdo y otro el derecho. Sabotear la síntesis. Dejar que una poética estrábica me haga tropezar con el marco de las puertas y la avidez por los pronósticos.

18

Otro domingo. La luz no viene de ningún lado y por lo tanto no hay sombras, solo muebles. O más bien, incluso las sombras son muebles. Y todos están cerrados. Muebles por todas partes, al acecho, rebosantes de las cosas que he venido arrastrando de casa en casa, de ciudad en ciudad. Hago el recuento de casas y no me sorprende. Son muchos lugares. Pero ese balance no me interesa, no quiero abrir los cajones y los placares para alinearme con lo que fui, volverme sombra y mueble también. Lo que me interesa ahora es encontrar un acto que me salve y me dé continuidad. No tengo que pensarlo mucho: tender la cama. Tiendo la cama todos los días, y hasta que no la tiendo, no siento que esté listo para enfrentar lo que viene. Nos levantamos, desayunamos, Victoria me lee las noticias. En algún momento el día nos reclama y cada uno se pone a hacer sus cosas. Lo primero que hago, entonces, es tender la cama. Sé claramente de dónde viene esta pulsión. Viví varios años en un monoambiente en





Belén Sánchez Campos (León, España). Algunas de sus fotografías fueron finalistas del concurso Desdemibalcón, organizado por PhotoEspaña, en relación al confinamiento durante la pandemia por Covid-19. Sus fotografías de la soledad de las calles de León, muchas de ellas tomadas desde el balcón de su departamento, han sido seleccionadas por el Ayuntamiento de esa ciudad para representar las duras semanas de cuarentena.

BelCampos

Córdoba y otros tantos en una pensión de San Telmo durante mis primeros años en Buenos Aires, y en los dos lugares la cama era el mueble central, el astro alrededor del cual giraban el resto de los muebles, todos satélites sin luz propia. Con solo tender la cama, el hogar estaba en orden. Pero no era solo eso. En los distintos grados de soledad de esos tiempos, ahora lo veo claro, tender la cama era una manera de mantener a raya la potencia opaca de las cosas, ese misterio que no pide ser resuelto. Era una manera de hacer las paces y convivir con él. ¿No es acaso esa ardua convivencia con el misterio lo que nos pide la poesía? Termina la hora de la siesta, Victoria se levanta, se prepara un té, se sienta a leer. Yo, tratando de que no se note, como si no tuviera más intención que la brisa que mueve las cortinas, paso por el dormitorio y tiendo la cama una vez más.

19

Los ácaros. Siempre puedo contar con los ácaros para desactivar el misterio del día. Encapsulados en la oscuridad de los baúles y los roperos. En los libros crujientes que hace años nadie abre. La alergia no es una patología del cuerpo. Es una patología del alma que no sabe seguir al cuerpo en su rapto emocional cuando se enfrenta a la única fauna que logra sacarle provecho al tiempo.

20

Saco al perro. Paco, como si supiera, es expeditivo. Hace lo suyo en la esquina y quiere pegar la vuelta. Lo miro como si me lo hiciera adrede, aunque sé que lo que quiere es pasar por la carnicería del chino, donde seguro le tiran algo. Yo me demoro un segundo al sol, entre las ramas de los plátanos. ¿Qué es lo que más extraño? El Lezama, puede ser. Pero también se me presenta algo más difuso y al mismo tiempo más específico. Soy el acto pero también soy el paisaje. Voy caminando, tengo una dirección, y de pronto el momento se aísla. Hay una conjunción que tiene que ver con el clima, con la perspectiva angosta de la calle, algo que se articula en el ánimo, en los balcones, en las vidrieras. <<Pará>>, me digo. <<Esto está bueno, esto está bien>>. Camino. Camino por las calles de San Telmo. Los sentidos se afilan, se perfilan, se despiertan. Y de todos, el que reina es el más inesperado. El tacto. Me siento caminar. Piso. ¿Qué medias tengo puestas? ¿Qué gravedad me sostiene? Los pies tocan el instante y pueden hacerlo porque no tienen la ambición

futurista y prensil de las manos. La sensación se esfuma. Paco me ladra desde la puerta de la carnicería. Yo le digo que sí, que está bien, que ya podemos volver.

21

Victoria, que está leyendo *Los miserables*, me acaba de contar que en el siglo XIX, en París, había un impuesto sobre puertas y ventanas. El sacro nervio distópico se congestiona, duda. Recorro el departamento, contabilizo, sumo y resto. ¿Sé usar las ventanas, las puertas? ¿Qué es exactamente lo que me estarían cobrando? No tengo tiempo para pensarlo demasiado, tengo una reunión por Zoom. Entro. Somos entre 25 y 30 personas. Las tengo a casi todas enfrente mío, y por momento se hacen silencios (en plural, sí). Somos 25 o 30 bustos que no sabemos quedarnos quietos en la intimidad de nuestros ámbitos, ofreciendo un encuadre, vigilando un encuadre. Desde el interior de nuestras casas, proyectamos hacia afuera imágenes que tiemblan, que se congelan, que violentan la continuidad, envueltos en la luz de lámparas y pantallas. ¿Somos, en estas imágenes, más viejos de lo que somos? ¿Nuestros telómeros se vuelven visibles en cada pixelación? Lejos de la gravedad de los planetas, en el espacio exterior el tiempo pasa más rápido. Y en este encierro de angustias mullidas, estamos más en el exterior que nunca. Miro por la ventana, miro por la ventana. Todos somos Major Tom y no hay centro de control. Lo bueno es que, al menos esta noche, podemos bailar al son de Bowie.

22

Correr como ejercicio levreresco. En *El discurso vacío*, Levrero se propone hacer ejercicios de caligrafía para mejorar la letra. La primera cuestión que se plantea es, ¿qué escribo? Empieza entonces a describir su entorno, los movimientos cotidianos de la casa, y todo parece ir bien hasta que de pronto, entre una imagen y una idea, el pensamiento se le va. Y cuando el pensamiento se le va, cuando se entusiasma, escribe más rápido y la letra se le deforma, pierde la elegancia del trazo sobre el que quería trabajar. Algo así me está pasando cada vez que, después de la sesión de escaleras (la sigilosa sesión de escaleras, porque trato de no cruzarme

con nadie para que nadie se queje), ya en la terraza, me pongo a correr. Finalmente superé la etapa de sentirme Forrest Gump. Ahora, entre los obstáculos de las cuerdas para colgar la ropa, la ropa misma y los misteriosos caños que recorren la terraza al ras del piso, trazo una especie de circunferencia de, los he contado varias veces, 47 pasos. Mi propósito es dar 50 vueltas, lo que equivale a dar 2.350 pasos, algo así como 1.645 metros según un conversor de la web. No es mucho pero es algo, sumado a las escaleras. Todo bien hasta ahí. El problema surge cuando tengo que contar las vueltas, ahí aparece la parábola levreriana. Porque hay que estar muy atentos para contar 50 vueltas (20 para un lado, 20 para otro, 10 más para el primer lado). Las primeras y las últimas se cuentan fácil. El intrínquilis son las del medio. Porque basta una idea, cualquier idea, una mueca del paisaje, una toalla colgada que flamea en el viento con la cara de un Mickey desteñido, para que la cosa se desordene. ¿Voy 23 o 24? ¿No conté ya 35 dos veces? Y a eso se le suman los aspectos, digamos, psicológicos y filosóficos del asunto, porque no puedo evitar preguntarme por qué es que doy 20, 20 y 10, y no dos series de 25, que sería lo equitativo para las direcciones y mis tobillos (correr en círculos es correr escorado). Por supuesto, así como no dejo de correr, no dejo de contar. Y el peso mismo del ejercicio decide cuántas vueltas voy, redondea y ajusta, y las preguntas callan. En algún momento, entonces, digo 50. Lo hago con solvencia, lo formulo con la modulación de un ejercicio perfecto de caligrafía. Después, elongo un poco, hago pantomimas y abdominales, bajo contento. Más allá de la satisfacción por el ejercicio físico, está el desagravio. La indemnización de habitar por un rato en una burbuja de obsesiones con las que puedo lidiar.

23

En la primera semana, la terraza se convirtió en un lugar para socializar. Vecinos y mascotas subimos y nos encontramos, amparados por el entusiasmo de reconocer que no solo vivimos en el mismo edificio sino que también vivimos en el mismo mundo. Una civilidad inédita nos permitió charlar mientras mirábamos cómo el perro ajeno levantaba la pata peligrosamente cerca de nuestras sábanas recién lavadas. Protocolares y ceremoniosos, todos levantábamos las cacas. Luego

vino el repliegue, seguimos subiendo pero empezamos a evitarnos, los silencios ya no fueron tan cómodos y cada uno buscó su horario, su rincón. Ahora hemos entrado en una tercera etapa. La naturalización. La terraza como una plaza seca que nada tiene que envidiarle a la Plaza Roja de Moscú, con la torre de Garay a dos cuadras como un Kremlin cubista. La habitamos como si siempre hubiésemos estado ahí. Lo acabo de confirmar. Cuando hoy subí a leer, cerca de mi rincón me encontré con una caca de perro ennegrecida por los días. Todo está donde debe estar.

24

Encierro blando, angustias mullidas: cada vez que quiero nombrar esta experiencia no puedo evitar adjetivarla. Eso es, supongo, porque la vivo más como un encierro simbólico que concreto. No es que no estemos limitados. Pero son limitaciones lábiles. No nos ofrecen la resistencia concreta que nos obligaría a ampararnos en una voluntad, en una disciplina constante. En nuestras vidas muchas cosas están en pausa. ¿Pero qué cosas son esas? En este encierro simbólico, no somos prisioneros de lo mismo todo el tiempo, y eso nos descoloca. De hecho, no somos prisioneros todo el tiempo. ¿Pero por qué de pronto pasé a hablar en plural? No porque crea entender la transversalidad de esta experiencia, encandilado como estoy con la palabra «confinamiento». Solo es un intento de sostener la ficción de la multitud. No hay tragedia si no hay eco.

25

Ya tengo mi barbijo casero hecho con una media vieja. Victoria lo aprendió a hacer con un tutorial. Me lo pongo y, fatalmente, me miro en el espejo. Está bien, no soy Juan Salvo. Dejo de mirarme y me lo estoy sacando cuando algo me hace volver. El efecto máscara que venía percibiendo en la gente con barbijo que me cruzaba en el supermercado se acentúa. Los embarbijados siempre parecen querer decirte algo. Ahora soy un embarbijado y no sé qué me quiero decir. Con media cara tapada, la cantidad de información que mis rasgos ofrecen se concentra en mis ojos. Cejas, frente, todo es un marco para la mirada, que ya no se esconde detrás de la totalidad de mis gestos. Es como si estuviera subrayada. Como si, finalmente, estuviera desnuda. Qué oportunidad. Cuánta insolencia. Qué gran

capacidad de síntesis.

26

Salgo a hacer las compras. Ya no tengo el barbijo-media, tengo uno más elaborado. En las cuadras que camino hacia el supermercado decido no usarlo. Y después decido usarlo. ¿Qué se juega en esas decisiones? ¿La mirada de los otros, mi mirada? Con el barbijo puesto no respiro bien y se me empañan los anteojos. Mientras hago la cola, leo. Cada tanto me sueno la nariz subrepticamente por el amague de un ataque de alergia. Ya en el supermercado, doy vueltas. ¿Qué vine a comprar? Es como si estuviera haciendo snorkel en una pileta. Poco a poco entro en el fastidio. En el malhumor. Para cuando llego a casa, el malhumor se ha desplegado. Me saco las zapatillas, me lavo a consciencia las manos, tiro el barbijo sobre la mesa, paso un algodón con alcohol a los envases. El malhumor es, de alguna manera, como ese algodón con alcohol. Me purifica. Elimina la sobreactuación. Porque, no hay duda alguna, estoy sobreactuando. Y eso no quiere decir que me parezcan innecesarios los protocolos distópicos de estos días. Quiere decir que no hay contradicción. Porque la sobreactuación es parte del protocolo, es lo que nos están pidiendo. Es lo que pedimos. Somos malos actores que se encuentran de pronto con un papel protagonista.

27

Hago *zapping*, leo diarios. Mientras todo se vuelve visible y cuantificable, yo me vuelvo visible y cuantificable. Mis pensamientos, mis emociones se vuelven visibles, y esa visibilidad es una mortaja que envuelve el día y sus posibilidades. La visibilidad





La visibilidad me acorta, me precariza, acelera la entropía de mis células. La invisibilidad es esencial a los ojos.

28

Día de limpieza profunda al ritmo de Frank's wild years. Eso significa, sobre todo, más allá de pisos y superficies, un encuentro frontal con rincones y objetos. Extrañas preguntas me acompañan. ¿Por qué cuando limpio una botella tengo la tentación de hablarle? ¿Por qué miro de reojo buscando brillos en la habitación que he dejado atrás? ¿Por qué insisto en dejar las cosas exactamente donde estaban? ¿Cuál es la naturaleza de mi intervención? Hay estantes en la biblioteca que juntan más polvo que otros, y mientras les paso la franela juego a adivinar qué autores y qué títulos son los que más imantan las partículas de lo que ya no es mundo pero todavía no es nada. En la pausa entre una canción y otra, escucho el deambular activo de Victoria por otro cuarto. Paco, desde cualquier umbral, parece preguntarse si lo que tiene que hacer es entrar o salir. Cuando un perro amaga lo hace desde la quietud. Lo imito, me quedo quieto, amago. De pronto yo tampoco sé si con mi próximo movimiento voy a entrar o voy a salir.

29

Otro encuentro de Zoom en un día de mala conexión. Solo unos segundos de *delay* alcanzan para que todo se desbarate. Cada uno está en un momento distinto de la conversación. Qué fácil es

perderse en las minucias del tiempo, caramba. Sin embargo, continuamos, no todo está perdido. Somos cinco, y en un momento, las cuatro imágenes de mis interlocutores se congelan. En movimiento, solo quedo yo. ¿Me ven, me escuchan? ¿Soy yo quien se desconectó o son ellos los que se fueron? No sé dónde estoy, pero en donde estoy me quedo solo frente a las imágenes congeladas, y entonces una obviedad me llena la cabeza: una imagen congelada no es una foto. ¿A quién pertenecen estos encuadres, de quién es la intención que extrae de la continuidad estas postales, quién se hace cargo del sentido que portan? Porque portan sentido, eso es seguro. Como suele sucederme, desde la obviedad desbarranco hacia el misticismo. Otra vez esta sensación de estar en una cápsula que flota en el espacio. Soy el único espectador de estas caras atrapadas en un gesto, de estos lapsus intrascendentes e íntimos que reverberan en mi intrascendencia, en mi intimidad. A través de la melancolía me apropio de esas imágenes y las convierto en amuletos. Ese tipo de cosas que uno pasa de un bolsillo a otro tratando de engañar a la muerte. I want eagles in my daydreams, diamonds in my eyes (I'm a blackstar, I'm a blackstar). Otra noche para bailar con Bowie, claro.

30

Qué danza rara la del distanciamiento. Un minué de reojos. Un encadenamiento de gentilezas torvas y retrocesos. Aprendemos las figuras que nos dicta el miedo al otro. Porque el otro, bajo los barbijos, es


más otro que nunca. Y sin embargo, eso también, se me ocurre, es una extraña posibilidad. No voy a hablar de amor, sería demasiado... Aunque el amor siempre es demasiado. Hablo de amor, entonces, que sin caer en estridencias puede ser solo una forma sana de prestar atención. ¿Es preferible la indiferencia en velocidad crucero a la aprensión que ahora nos desata los cordones? Antes de esto, no nos engañemos, fuera de nuestros círculos de afectos éramos cuerpos amontonados chocando unos con otros, solo deteniéndonos para sacudirnos el fastidio de la intrusión. Y sin embargo ahora, cuando parecemos pocos y en las calles nos miramos con desconfianza, hacemos eso, nos miramos. ¿Es un umbral, eso que vemos? ¿Qué clase de umbral es el otro? ¿Qué alumbra un desconocido cuando lo reconocemos como un desconocido? Hace unos días que me viene dando vueltas en la cabeza el estribillo de una canción de Acorazado Potemkin, como solo los estribillos potentes saben remansear: <<Me tuve que tapar la cara para que me veas>>, dice. Nuestros cuerpos ya eran invisibles, y para visibilizarnos, como fantasmas, nos hemos puesto una sábana en la cara. Y ahora que nos vemos, hay que ver qué hacemos con eso. ¿No es acaso esa una pregunta amorosa?

31

Medianoche. Salgo a la calle con el perro. En realidad, sale él, yo me quedo en la puerta del edificio mirando la calle vacía. Paco va hasta el árbol más cercano y hace lo suyo. Y mientras espero, mientras veo pasar un 39 sin gente que parece estar llegando tarde a algún lado, percibo por el rabillo del ojo el paso de un ratón que va desde el *container* de basura hasta un auto estacionado. El ratón también parece estar llegando tarde. Para cuando lo busco, ya no está. Y entonces pasa algo. Es decir, pasa otro ratón haciendo el mismo recorrido. Me sobresalta encontrarlo justo donde está puesta mi mirada. El primer ratón tuvo la existencia huidiza que uno espera de un roedor, pero el segundo impuso un protagonismo inesperado. ¿Qué decir del tercero, entonces? Porque hay un tercero. Son tres ratones corriendo desde el *container* al auto estacionado. Un escándalo. Si acaso hubiera un cuarto, estaríamos ante una aberración. Estamos. El cuarto ratón aparece y yo me maravillo, porque además hace algo distinto. Sale de abajo del

container y a mitad de camino se detiene, duda, vuelve sobre sus pasos (los ratones corren, los ratones dudan: los verbos son tan atávicos como el miedo o el asco). A todo esto, Paco no se inmuta. Ya ha vuelto a entrar y me mira con expectativa, quiere enroscarse en su almohadón. Cierro la puerta y volvemos. En el ascensor me miro en el espejo angosto de la carcasa de hierro. El cansancio que se trasluce en mi cara no es el del esfuerzo, es el de la repetición. Ya hay algo de fastidio en todo esto. La potencia surreal de la novedad ha retrocedido, y ahora queda una pesadilla febricular, ese *loop* insidioso que no nos deja dormir pero tampoco nos permite despertar. Las preocupaciones del desvelo pierden trascendencia y se vuelven ridículas, mezquinas. ¿Lo que hice hoy lo hice hoy o lo hice ayer? Más tarde, ya acostado en la cama, pienso en los ratones: me esfuerzo porque no sean una metáfora, porque no sean una alegoría. El silencio del mundo me salvará esta noche. Ya veremos mañana.

32

Lontananza. Ese mareo sensual en el que no sé si algo se aleja, si me alejo yo. Entre mi cumpleaños y las correcciones finales de la novela, fue una semana intensa. Hace dos días que, envuelto en vértigos laborales, no salgo de casa ni siquiera a pasear al perro. Al final del día, agotado, estoy reducido a una relación exclusiva entre el margen de la mirada y el margen del pensamiento. Me acuesto en el piso y hago unos ejercicios de ojos que me enseñó Victoria. Más que descansar lo que necesito es apagarme. Todo el tiempo estoy mirando algo, todo el tiempo estoy pensando en algo. Los ojos se cansan de tanto ver de cerca, el pensamiento se cansa por no poder perderse. Necesito mirar sin ver, necesito pensar en nada. Eso es lo que extraño de los bares. Esa atmósfera propicia. Levantar la vista del libro que estoy leyendo y mirar por la ventana del Británico las copas de los árboles del Lezama. Ver la copa del magnolio, por ejemplo, hasta dejar de verla y ver solo el movimiento de sus ramas que ya no son ramas. Y después, esa sobrenatural claridad, cuando los ojos dejan de mandarle información al cerebro y el cerebro deja de pedirla. El ojo acepta su punto ciego y se vuelve punto ciego. Lontananza que llevo adentro, horizonte que no necesita de 

posibilidades, escándalo de pocillos. Reverberar. Ser el reflejo de algo que no existe.

33

Nueva etapa en la terraza. Del entusiasmo social al repliegue, del repliegue a la naturalización, de la naturalización al fastidio. Estamos en la curva de aplanamiento del relato. Cuando las series se estiran y se achiclan, los personajes se desdibujan en sus repeticiones, en sus *yeites*, y desaparecen detrás de las sobreactuaciones de los actores. Somos actores sin papel, eso pasa. Desde hace unos días, cuando subo a correr, si me encuentro con algún vecino, noto que me mira con desconfianza. Y noto, también, que yo lo miro con desconfianza a él (el vecino del 2° que sospechosamente cuelga un *joggins* por donde paso y me obliga a fintear no cuenta, a él lo miro abiertamente con hostilidad). Hay algo que no funciona en esta distopía, y es que si realmente fuera una distopía, no lo sabríamos. Tampoco es un apocalipsis, todo es demasiado largo y lento y sigue habiendo gente en todas partes. Nuestro imaginario catastrófico no nos preparó para esto. <<No hay banda>>, diría Lynch. No hay espectáculo. ¿Nunca hablaron mentalmente con una persona solo para decirle que no quieren hablar con ella? En ese tipo de hermosas incongruencias nos vamos a jugar el destino.

34

Primera excursión interbarrios. Visita al dentista para seguir con la colocación de una corona. Hermoso, sí, hasta con cierta dosis de lirismo socarrón. La primera sensación es de estar en el extranjero, en un país con reglas parecidas a las que uno conoce, pero no iguales, con un idioma al que hay que prestarle mucha atención. El colectivero tiene que decirme varias veces que no puedo viajar parado. Tardo en entender que me habla a mí. Tardo en entender lo que me dice. Me siento y casi en seguida tengo que pararme para bajar. Una gloriosa cuadra al sol. Ya en el consultorio, me detienen en la puerta. Me rocían con algo, no sé bien qué, incluso hasta en las suelas de las zapatillas. Me hacen las preguntas de rigor y a todo digo que no, aunque me doy cuenta de que cada vez que digo que no, asiento. Curioso, y más curioso que me dejan entrar igual. No hay nadie más que yo, toda la sala de espera vacía. El de seguridad me hace una seña. Quiere

decir que puedo esperar, que puedo usar los sillones. Eso lo entendí bastante rápido. Sin embargo, no termino de sentarme que me llaman. Buen augurio. Primera vez que vengo y no tengo que esperar una hora. Me hacen lavarme las manos dos veces, primero en el baño y después en el consultorio. Además de la doctora, hay tres asistentas. Me intimida un poco tanta dedicación. ¿Abrieron solamente para mí? El augurio empieza a mostrar su costado siniestro. Me piden que firme algo en el que dice que hicieron las cosas que hicieron, y eso no me gusta tanto. Me hace sospechar que en realidad hicieron otra cosa. Me siento en el potro de tortura. Resulta que no es una visita de control, la dentista ya está revoleando el torno por el aire. Además del barbijo, tiene una máscara que la hace parecer un obrero de fundición. También podría ser un extraterrestre que va a trepanarme para ver si es cierto que los seres humanos tenemos alma. Alto ahí. No me tengo que distraer porque la dentista me habla y no le entiendo nada, ¿que no me trague qué? Hay algo del perno provisorio suelto en mi boca y, en el último momento, logro escupirlo. La dentista y yo miramos el desagüe y nos vemos nada. La tranquilizo, le digo que lo escupí. Curiosamente no le pregunto qué era. Sigue con el torno, duele bastante. Miro la luz, yo también quiero saber si tengo alma. La dentista vuelve a hablarme. Con la boca abierta y el torno ronroneando entre mis dientes, le hago gestos para que entienda que no la entiendo. Igual, seguimos. Sobre el final, me tiene que hacer un par de moldes. Mientras muerdo la horma de metal con la pasta y me hago lagrimear, escucho que la dentista le dice a la asistente que tiene dos pares de guante puestos. Siento un escalofrío retrospectivo. Qué dominio del torno, pienso. Yo con un solo par de guantes no puedo ni contar monedas. Me liberan, firmo otras cosas. Cuando salgo del consultorio el de seguridad no tiene el barbijo puesto. Se te cayó la careta, pienso. No digo nada y voy a la parada de colectivo. Sigue siendo un día soleado, y tengo una necesidad absurda de sentarme en el bar de la esquina a tomar el café quemado que suelen servir. Ya en el colectivo me siento, aprendí las reglas. Soy un ciudadano más. Mientras miro pasar las casas y los comercios, tengo una extraña sensación que tardo en reconocer. Es la alegría de estar volviendo a casa.

Hace tres años que tengo un zumbido en los oídos. O mejor: hace tres años que sé que tengo un zumbido en los oídos, porque no puedo asegurar que antes no estuviera. Lo descubrí ni bien nos mudamos acá. Una noche, echado en el flamante sillón con el día ya terminado, mientras disfrutaba de la novedad y me apropiaba de la penumbra, lo escuché. En los días siguientes elaboré un sinfín de teorías paranoicas, incluyendo la de echarle la culpa a esa extraña torre-antena que hay en BGH y que no sé para qué sirve. Fui al médico, me hice estudios y, al parecer, no había nada que arreglar. Es decir, algo cambió en mi metabolismo pero eso no trajo consigo significados obvios (nada mejoró, nada empeoró). Solo quedaron dudas interesantes. ¿Lo que escucho son contracciones musculares, el torrente de la sangre, un roce de los huecitos del oído medio, o es mi cerebro fabricando el tinnitus? Durante el día, en el devenir de las actividades, lo olvido. Puedo incluso pasar semanas sin prestarte atención. Y de repente, sin previo aviso, su sintaxis cambia y me convoca. Lo reconozco, espero que haga algo más, lo acecho. Es como un mensaje proveniente del espacio exterior, y yo soy Richard Dreyfuss en Encuentros cercanos del tercer tipo haciendo montañas de puré. ¿Es una frase en *loop* o un mensaje interminable? Y si es una frase en *loop*, ¿es una afirmación, una negación, una pregunta, una respuesta? Un mensaje sin fin, en cambio, solo puede ser un relato. Y entonces depende de mí dejarme cautivar por él. Lo escucho y dejo de escucharlo, finalmente. Convivo con el zumbido y no me empeño en descifrarlo, porque esta incertidumbre es el lado asimilable del asunto. La certeza perturba más, por supuesto. Ahora sé que para mí no existe el silencio. O al menos no de la manera esperable. Son la una de la madrugada. Estoy en la cocina y mientras tomo un último vaso de agua antes de ir a la cama, miro la noche por la ventana que da al oeste. Habitualmente por ahí puedo ver, a varias cuerdas de distancia, los techos iluminados de la estación Constitución. Hace dos meses, sin embargo, que apagan todos las luces. Es un dato menor entre todos los datos, pero es uno que me acongoja. Siempre me toma desprevenido, incluso cuando lo busco. Miro o adivino los techos oscuros de la Estación, termino el vaso de agua,

apago la última luz de la casa. La elocuencia del zumbido, en ese momento, me devuelve a mí. Su puntuación es perfecta, su fraseo es incuestionable. El silencio existe y es algo que tengo que ver.

Simplificados, caricaturizados, revestidos de una importancia que no pidieron, se los puede ver en el final de las películas o en el momento más crucial del conflicto, cuando el héroe o la heroína están encerrados en su incompreensión y necesitan ayuda. Ahí aparecen. Jefes ocultos y displicentes de organizaciones misteriosas, oráculos que tienen como único templo su media sonrisa, los mismos héroes o heroínas descubriendo por fin que más allá de la aventura y la desventura y la ventura, todavía están ahí porque sus cicatrices están ahí. ¿En dónde? En los bancos de las plazas y los parques. Pueden estar dándole de comer a las palomas o mirando cómo juega los chicos y los perros. Están quietos. La ciudad se mueve alrededor de ellos, la ciudad rebota en sus conciencias encendidas: han dejado el destino de lado y por eso todos los destinos de la ciudad reverberan en ellos. No es fácil sentarse en un banco de plaza o parque y permanecer ahí. El aire se enrarece. Es como estar en la cima de una montaña. ¿Cuánto tiempo soportamos la contemplación? Podemos sabotear la renuncia, leer, comer un sándwich o una manzana, aceptar por un rato la conversación del pasajero ocasional que rompe la burbuja y se sienta al lado (pasajero, sí, porque los dos sentados y mirando hacia el mismo lado, de pronto hay algo de trayecto, y uno, cuando finalmente se va, resignado porque el otro ha ganado la pulseada y el banco, podría decir <<disculpe, me bajo acá>>). Es raro que alguien se siente en un banco que ya está ocupado, por más espacio que haya. Hay una intimidad ahí que evitamos violentar. Qué ardua es esa intimidad. ¿Cuánto tiempo somos capaces de sobrellevar la contemplación, de mirar sin ver todo lo que no somos y de pronto percibir su misterio y su cercanía con el mareo y la ceguera que instaura la ausencia del tiempo? Es todo lo contrario a una pose, a un hacer. Por eso no hay estatuas de hombres y mujeres sentados en los bancos de los parques. Porque, en verdad, más allá de los torpes intentos de las películas, no se los puede

representar. Sostienen el devenir de la ciudad, son raíces férreas. Templan el acero de la soledad para que no lo tengamos que hacer nosotros. Están o no están ahí. Están o no están ahí.

37

Fui a correr por última vez a la terraza. El viento frío, la llovizna, no me amedrentaron. Después de subir y bajar por las escaleras tres veces desde la planta baja a al quinto piso, salir al aire libre y ponerme la capucha del buzo generó una épica que no por obvia fue menos efectiva: <<*Gonna fly now*>>, Rocky y las escaleras del Museo de Arte de Filadelfia. Al llegar no levanté los brazos, eso sí, porque me podía enredar con las sogas para colgar la ropa. Además, para habitar el ridículo hay que saber dónde parar, el ridículo también tiene su estética. Di las cincuenta vueltas de rigor, veinticinco para un lado, veinticinco para el otro. Fue un alivio y también una revancha no pensar, cada vez que pasaba por el techo de su casa, en la vecina del cuarto que hace veinte días mostró su desagrado ante mis incursiones. No por el ruido o el retumbe, sino por una posible rotura de la terraza. Llegamos a un desacuerdo amable, ella no iba a dejar de creer que mis pasos podían romper la terraza, y yo no iba a dejar de subir hasta que los parques se abrieran. Listo, ya está, ya vamos a poder dejar ese desacuerdo atrás y tramar otro en donde la amabilidad encuentre su camino. Mientras corría, mientras trataba de no perder la cuenta de las vueltas, me resultó inevitable caer en una especie de balance. ¿Qué iba a extrañar de todo eso? No porque quisiera alimentar la nostalgia, esa frondosidad intestinal inverosímil y generalmente malintencionada como un retorcijón. De todas partes hay que llevarse algo, pero no mucho, un objeto que entre en el bolsillo y pueda resignificarse con plasticidad. Una cleptomanía práctica que condense las experiencias, una llave. Después de varias vueltas, mientras los edificios se borroneaban en la niebla como capas geológicas de distintas épocas escalonadas y superpuestas, la grúa de ochenta metros del edificio en construcción de acá a dos cuadras por fin pareció revelar su movimiento. En estos dos meses y medio, a pesar de que la obra estaba detenida, cada vez que subía la encontraba en una posición diferente, pero hasta este mediodía, nunca había podido verla moverse, y

tampoco puedo asegurar que lo que hacía hoy fuera moverse y no otra cosa intermedia que solo puede estar en el temperamento de las herramientas. Eso, me dije. Eso es lo que me voy a llevar. Esa composición. Terminé de correr, elongue, hice abdominales y lagartijas. Antes de bajar, me quedé un rato mirando la imagen de la grúa flotando en la bruma. Un fotograma de la ciudad y su sobrenaturaleza.

38

La imagen muda de una avenida transitada en la noche. En el fondo un tren elevado, edificios, carteles luminosos. Al principio me dio la impresión de que el sonido no funcionaba. Cuando estaba por poner pausa para ver la conexión aparecieron tres ideogramas en el borde derecho de la pantalla. Casi al mismo tiempo comenzó a escucharse una guitarra y una voz melancólica que me despabilaron por completo. La apertura es larga. La voz en off del cantinero cuenta que abre de medianoche a siete de la mañana. Que en la carta hay un solo plato pero que cocina lo que le pidan, siempre y cuando tenga los ingredientes. Lo vemos limpiar, cocinar, abrir su pequeño negocio, una habitación cuadrada con una barra en U, la cocina al fondo. Sobre el final de la apertura vemos una luna de cartón colgando sobre la noche inquieta de Tokio. La textura, la calidad de la imagen, hacen pensar en una telenovela de los ochenta. Los personajes, entre el estereotipo y la caricatura, siempre tienen cerca tanto la risa como el llanto. Siempre hay un famoso de incógnito, alguien que no es quien dice ser y tampoco quien cree ser. Comen con ferocidad, con alegría, con desesperación. Toman cerveza y sake mientras el cantinero los mira cruzado de brazos o fuma de perfil, sentado en un banquito. Y al final del capítulo, que no dura más de veinticuatro minutos, alguno de los clientes nos habla a nosotros y nos dice algún secreto para la preparación del plato que fue protagonista en la historia. Listo, nada más. Y sin embargo esa noche me fui a dormir con una profunda paz. Y soñé con Tokio, una ciudad que nunca me había interesado. Al otro día me pasé todo el desayuno hablándole a Victoria de la serie, que me escuchó con paciencia, como siempre. Una semana después, terminada la primera temporada (la del 2009), ya se volvió un rito modesto para el

final de estos días desafinados. No puedo decir que la serie es buena, tampoco que es mala. Creo que es inefable. Como lo son, justamente, los bares que tienen la cocina abierta por las noches. Cómo se los extraña. Para poder estar ahí, en soledad o con amigos, pero también para saber que están abiertos, que son posibilidades cósmicas. ¿Eran ricas las cazuelas que acompañaban al whisky en King Sao? ¿Es buena la milanesa con papas fritas que te sirven a las cuatro de la madrugada en La Niña de Oro (podés pedirla a las dos de la tarde, sí, pero en el instante en que la pruebes van a ser las cuatro de la mañana)? No se puede saber. En la mesa de al lado, mientras vos picás un albóndiga de la cazuela y mirás el whisky haciendo un equilibrio hepático, alguien toma un café con leche y medialunas. El tiempo, en esos lugares, se vacía de direcciones. El tiempo se vuelve cocción y entonces solo importa lo que estés cocinando, su química y su burbujeo, su lenguaje. En <<La cantina de la medianoche>>, de una escena a otra pueden pasar dos noches, dos semanas o dos meses. Todo fluye bajo la mirada impávida del cantinero atravesada por una cicatriz. Tiempos que no necesitan de dirección, ficciones que no necesitan verosímil alguno. Qué bien se está ahí. Qué bien se está acá. Y qué ganas de comer ramen con huevo frito en un callejón de Tokio o una milanesa con papas fritas en La Niña de Oro.

39

Jornada de trámites bancarios. Digo <<jornada>> y tengo que aclarar que es un articulación metafórica para no sucumbir a lo inmensurable, algo así como quien dice que creó el mundo en siete días. No sé cuándo empezó esto, qué imposibilidad para hacer una transferencia por *homebanking* me llevó a otro trámite, y este a otro, claves, llamadas y cajeros mediante. La burocracia digital es apabullante, su abstracción marea. Y con las redes y líneas telefónicas colapsadas, el abismo parece tan profundo que uno ya no sabe si está cayendo o está flotando, y cuál sería la peor opción. Busco un salvavidas y encuentro lo mismo que las generaciones han ido encontrando cada una a su tiempo: mitificar para que sobrevivir no sea una estafa. El *Token*, entonces, es un monstruo marino de seis tentáculos variables que habita en la profundidad helada de los algoritmos. No tiene ojos. No los necesita. Es casi imposible de cazar y se

alimenta del dióxido de carbono que exhalamos. Cuanto más intensa es nuestra frustración, cuanto más intensos son nuestros suspiros, más saciado queda. Otra opción es imaginar al *Token* como un muñeco de peluche en esas peceras con brazos mecánicos. Si uno lo mira bien, se da cuenta de que es imposible que esos brazos lo agarren, que ese monstruo de colores estridentes con la vaga apariencia de un calamar salga por la abertura de los premios. Mitifico, entonces, y sobrevivo. Voy a uno de los bancos con el turno correspondiente. No tengo que esperar mucho, me siento y me explico. La persona que me atiende, un muchacho a todas luces prolijo, con su amabilidad anónima amplificada por el barbijo, me dice que sí, que algo anda mal, pero que ellos tampoco tienen a quién llamar para reclamar. Lo miro, me mira. Espero que diga algo más, y él parece esperar lo mismo. No tengo un espejo, pero me imagino que mi cara se parece bastante a la que debí poner una de las tantas veces en que después de marcar números y opciones, solo me encontré con un mensaje grabado que me dice cosas que yo ya sé (qué alivio sería si al menos dijera algo que no sé, aunque no me sirviera para nada). Agradezco, soy prolijo y amable también, y salgo del banco. En la vereda, siento el óxido que en estos meses ha carcomido mis reflejos de gestión: me doy cuenta de que hay preguntas cruciales que no hice. Me sacudo el malestar, apuro el paso, no vaya a ser que el *Token* me devore de un solo bocado en esta mañana tan hermosa. Y mientras espero el colectivo, pienso que no solo Dios ha muerto. El Diablo también. Ya no solo no hay nadie que nos vaya a salvar. Tampoco hay a quién echarle la culpa.

40 y final

Como casi todos los días impares de estas últimas dos semanas, esta mañana fui al parque a correr. Sonó el despertador, lo apagué y salí rápido de la cama. Me lavé los dientes sin encender la luz, fui al escritorio y me vestí en la oscuridad (la noche anterior ya había dejado todo preparado). Cuando estuve listo, por unos segundos me quedé sentado en el sillón, de frente a la puerta que da a la cocina. Fueron unos segundos, solamente, pero por un instante no supe quién era ni qué estaba por hacer. La sensación se desvaneció y me fui. Llegué al

Lezama a eso de las siete y media, con el cielo sosteniendo ese azul tenso, eléctrico, previo al amanecer, que si durara más de lo que dura haría que el día fuera muy difícil de habitar. Hacía frío. Al principio, salvo los tres policías de la esquina de Brasil y Defensa con sus cuatriciclos y sus luces, no había nadie. Me saqué el barbijo, me puse la capucha y me largué a paso redoblado, tarareando, por supuesto, la canción de Rocky. Sé que me quedan pocos días para volver a las escaleras y la terraza, pero el aire frío me tonifica, me envaletona. <<Vení, julio, que te voy a hacer agosto>>, dije en voz alta. Y en seguida sentí que lo decía otro. No lo había experimentado antes porque nunca había salido a correr tan temprano, pero con el sueño tan cerca, cuando el frío me despabila, hay imágenes que se cristalizan con una potencia inédita. No se deshilachan sino que se fosilizan, se vuelven piedras traslúcidas. Lo que queda del sueño no es entonces esa niebla cargada de ecos que el transcurso del día desvanece. Lo que queda, al menos por unas horas, son objetos concretos, tanteables, que pueden manipularse, que pueden llevarse en el bolsillo junto a las llaves y el billete para comprar las medialunas de la vuelta. Mientras aceleraba en la recta de Martín García, recapitulé. Había caras conocidas y gestos desconocidos. Era una casa grande y había mucha gente. No era una fiesta, nada nos reunía. Simplemente estábamos ahí y eso era lo que quedaba del sueño. Me sentí acompañado y me sentí solo. Risas sin argumento, entrechocar de piedras chinas. Flotábamos en la traslucidez como insectos milenarios. ¿Tenía una de esas piedras en la boca? La cuesta de Brasil, con sus árboles y las luces giratorias de los cuatriciclos en el final, con la iglesia ortodoxa rusa y su aire de juguete antiguo que convierte el amanecer en un juego, fue un túnel. <<La dirección que le atribuimos al tiempo es la flecha que apunta al corazón de nuestro miedo>>. Vi el aire que exhalaba, las persianas del Británico que ya estaba abierto, todas sus luces encendidas y resilientes. <<Las partes, las fracciones son ciertas, no el todo>>. Lo bueno de correr es que la virtualidad se reduce a su mínima expresión y entonces reina la tracción. El software titila, el hardware rechina. En la bajada de Defensa me crucé con otro corredor. ¿Qué tanto se parece su miedo al mío? Cuando empecé la segunda vuelta al parque, las piedras se quebraron, los insectos quedaron libres. Y entonces yo me deslicé suavemente en la ficción. ■



PH. Martín Rosenzweig

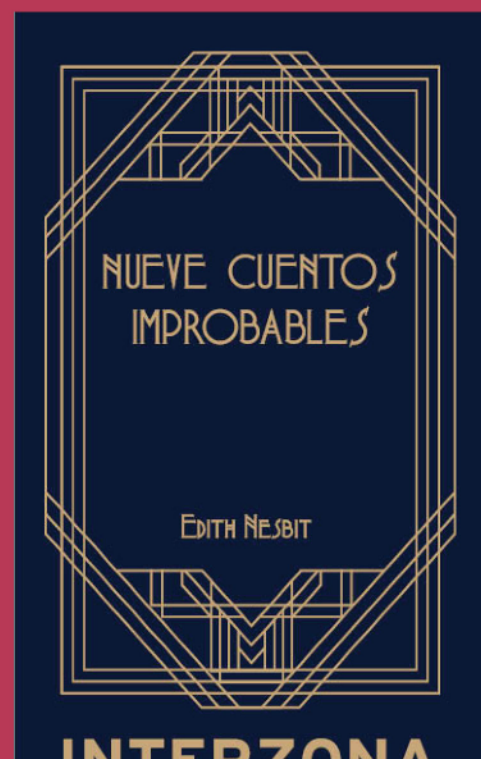
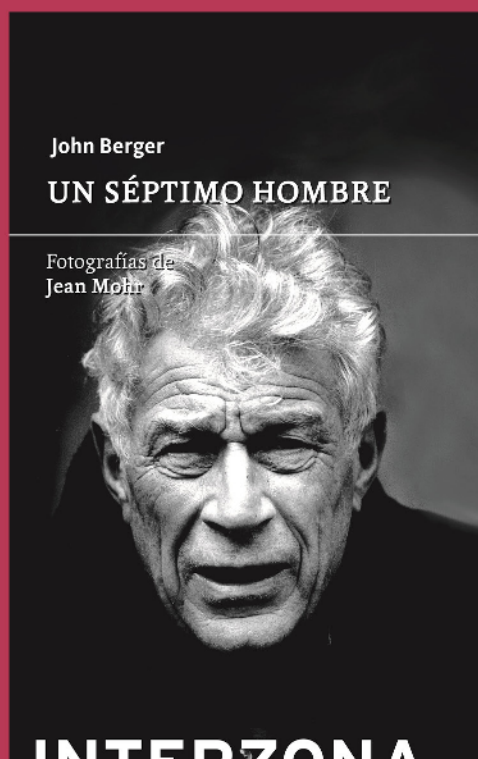
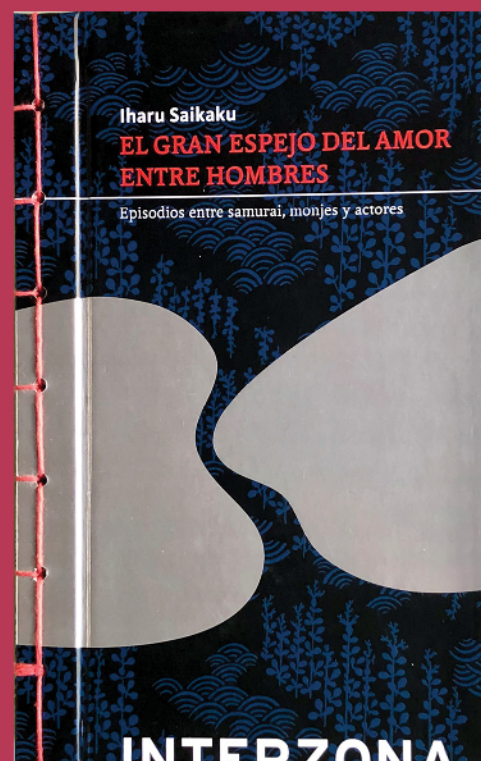
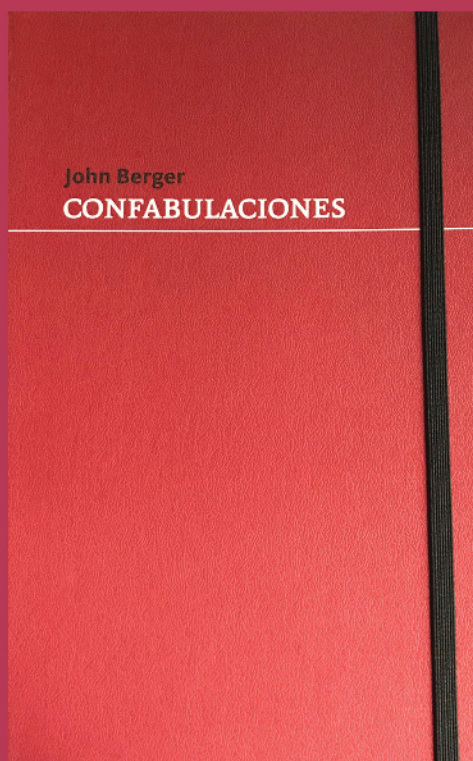
Ricardo Romero (Paraná, Entre Ríos - Argentina). Nació en 1976. Es Licenciado en Letras Modernas por la Universidad Nacional de Córdoba y desde 2002 vive en Ciudad de Buenos Aires. Fue director de la revista de literatura *Oliverio* entre 2003 y 2006. Tiene publicado el libro de cuentos *Tantas noches como sean necesarias* (2006) y las novelas *Ninguna parte* (2003), *El síndrome de Rasputín* (2008), *Los bailarines del fin del mundo* (2009), *Perros de la lluvia* (2011), *El spleen de los muertos* (2013), *Historia de Roque Rey* (2014), *La habitación del Presidente* (2015) y *El conserje y la eternidad* (2017). En colaboración con Luciano Saracino escribió el guión para la película *Necronomicón* (2018). Con la novela *Yo soy el invierno* ganó en 2017 el Primer Premio del Fondo Nacional de las Artes. Es editor de Gárgola Ediciones y de Negro Absoluto. Dicta cursos en la Biblioteca Nacional y es docente en la Universidad Nacional de las Artes. Ha sido traducido al inglés, al portugués, al francés y al italiano.

Tenemos el inmenso honor de publicar la primera versión íntegra y completa de esta obra, y de acercarla a nuestros lectores. Algunos fragmentos fueron publicados con el título *120 escalones en Infobae* (Argentina) y como *Pandemic Diary* en la revista digital *Words Without Borders* (EEUU).

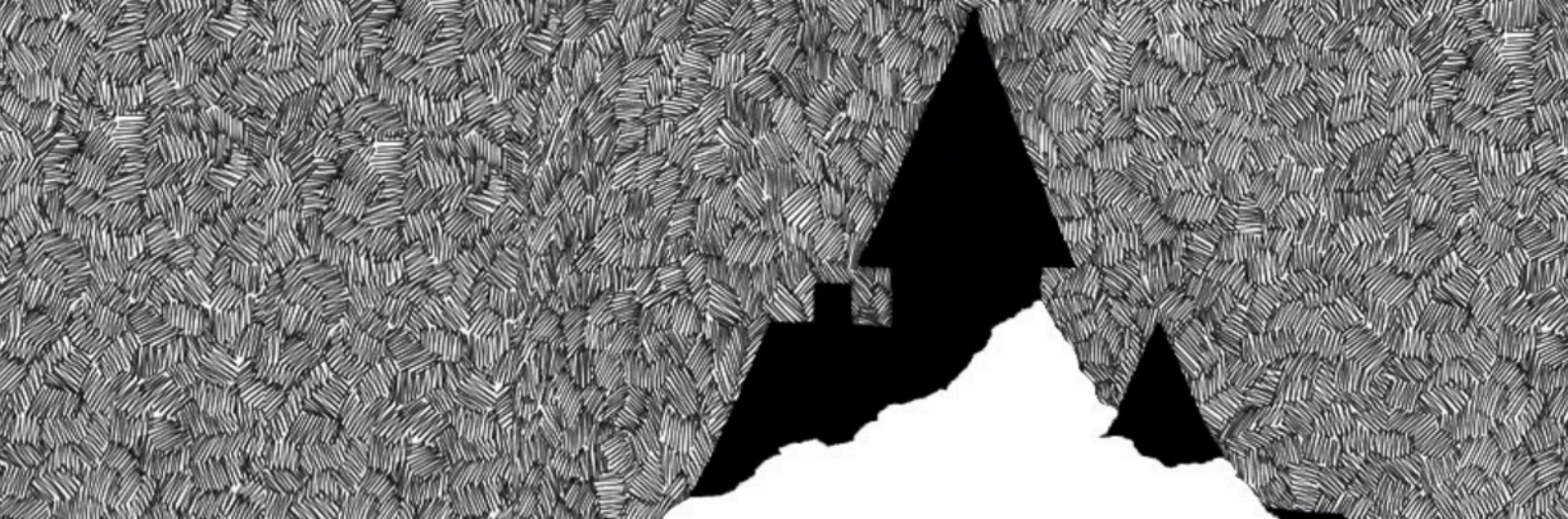
El lenguaje es un virus

interZona es un sello independiente que desde el 2002 apuesta por escrituras desprejuicadas que interpelen a este presente.

Todo nuestro catálogo en tu librería de cercanía y en interzonaeditora.com



INTERZONA



Especializada en la publicación de obras inéditas o descatalogadas en español, publicando a Zelda Fitzgerald y Spencer Holst. En 2020, suma a su catálogo literatura contemporánea con Guillermo Piro, ensayos con Hugo Von Hofmannsthal y la primera edición de los cuentos en español de Denton Welch.



La Tercera Editora

Este mes elegimos la obra **Dafne. 2020**, un collage (40x28 cm), de Silvina Serrano. Podés ver su obra haciendo click en **@silvinamarialuisa**



Silvina Serrano es profesora, cantante, artista y compositora. Formada en la Escuela Nacional de Bellas Artes Prilidiano Pueyrredón (ENBAPP) y en *Hochschule der Künste, HdK* (Escuela Superior de Arte), Berlín, hoy *Universität der Künste Berlin* (Universidad de las Artes de Berlin). Como artista visual ha expuesto en diversas salas nacionales e internacionales, como el Centro Cultural de España (Santiago de Chile), Galería Eve de Petris (Buenos Aires), Goethe Institut (Berlín), Kultur Forum Hellersdorf (Hellersdorf), entre otros.

Si querés ser quien ilustre nuestra próxima portada, escribinos a **ulrica.revista@gmail.com**



LIBRERÍA ANTICUARIA

 @libreriahelenadebuenosaires

